

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Tomo 158 – Núm. 12

Diciembre 2016

Dirección y Administración
CASA DE LA IGLESIA

El Arzobispo

Mensajes



I POR DIGNIDAD, NADIE SIN HOGAR

(6-11-2016)

El último domingo del mes de noviembre que acabamos de comenzar, Cáritas realiza su Campaña de Personas sin hogar. En España se calcula que existen más de 40.000 personas sin hogar. Nuestros servicios diocesanos de Cáritas atendieron el año pasado a cerca de 1.500 personas. También la Casa de Acogida de las Hijas de la Caridad atiende a un número importante. Todos ellos padecen situaciones muy diversas y complejas: desde aquellos para los que su casa es la calle y viven vagando de ciudad en ciudad, siempre de paso, a aquellos con los que se está haciendo un proceso integral y, con el esfuerzo inestimable de voluntarios, se ayuda a reconstruir su vida y toda su red so-

cial. Yo mismo he podido conocer en primera persona esta hermosa tarea de acompañamiento y de dignificación de dichas personas. Junto a todos estos datos, hay que unir el escándalo que nos producen los desahucios y el número no pequeño de personas que, por distintas causas, sufren la amenaza de perder su vivienda.

Detrás de todas estas cifras se esconden historias diversas de personas concretas como nosotros. Situaciones que la vida ha maltratado por diferentes circunstancias: enfermedades, adicciones, desestructuración familiar, educación, fragilidad, vulnerabilidad de sus derechos... Desde luego que, cuando hablamos de personas sin hogar, nos estamos refiriendo a la situación que sufren no solo aquellos que están sin un techo: todos sabemos que el hogar es mucho más que la vivienda. Es un espacio físico que contribuye también a encontrar un sentido vital y a favorecer un conjunto de relaciones sociales que expresan seguridad y riqueza personal.

En un encuentro con personas sin hogar, el papa Francisco recordaba que el propio Jesús entró en este mundo como alguien que no tenía casa, comenzó su vida sin un techo. E invitaba a que, los que tenemos techo y hogar, nos hiciéramos esta pregunta: «¿Por qué estos hermanos nuestros están sin hogar, por qué estos hermanos nuestros no tienen techo?» Sin duda que, como él mismo respondía, «no hay ningún motivo de justificación social, moral o del tipo que sea para aceptar la falta de alojamiento. Son situaciones injustas, que Dios está sufriendolas con nosotros y está viviéndolas a nuestro lado». Por eso, la clave para afrontar esta problemática es recuperar y profundizar en el quicio sobre el que se fundamenta toda la enseñanza social de la Iglesia: la dignidad de la persona. No se trata tanto de acabar con la pobreza, sino de proponer y contribuir a la construcción de una sociedad diferente más digna del ser humano, que ponga, de verdad, a la persona en el centro de su proyecto y vertebración. Es aquí donde realmente tenemos que reflexionar y trabajar, como el papa Francisco nos recuerda repetidamente: la crisis antropológica que está en la base de la crisis social que vivimos.

Ciertamente lo que está en juego detrás de cada persona que sufre el «sinhogarismo» es el respeto a su dignidad inviolable. Como personas que son, han de ser respetadas y valoradas como tales, como seres únicos e insustituibles, amados entrañablemente por Dios nuestro Padre. Y sólo en la medida en que reconozcamos su dignidad también nos dignificaremos personal y socialmente. Pero para crecer en la dignificación de estas personas, como nos invita la campaña de Cáritas, es preciso tomar mayor conciencia de su existencia y situación: si no nos acercamos a ellas, si las juzgamos o menospreciamos, si no las reconocemos, no podemos poner en valor la dignidad que nos une y nos iguala como seres humanos.

Es esa la tarea en la que trabajan hoy en nuestra diócesis tantas personas a las que quiero agradecer su tiempo, su esfuerzo, su amor. Son, sin

duda, expresión de la misericordia de Dios que este año Jubilar hemos celebrado. Animo a fortalecer todas las iniciativas sociales y eclesiales que se vienen realizando en este campo. Igualmente, solicito el esfuerzo necesario de las Administraciones públicas para que se fortalezca el Estado de bienestar y se desarrollen políticas que pongan a las personas en el centro, apostando por el acceso efectivo de todos a los derechos humanos básicos. Y al mismo tiempo pidamos a Dios Padre nuestro —«la mano que nos sostiene y el techo que nos cobija»—, que mueva nuestros corazones para que no nos deje indiferentes la suerte de tantos hijos suyos y hermanos nuestros.

II

IGLESIA DIOCESANA: SOMOS UNA GRAN FAMILIA CONTIGO

(13-11-2016)

El día de la Iglesia diocesana se ha convertido en un acontecimiento tradicional, pasando a formar parte del calendario litúrgico y pastoral. Este año me gustaría que fuera una celebración entrañable como corresponde a una fiesta familiar, a la luz del hermoso lema de esta jornada: *Somos una gran familia CONTIGO*. Así lo hemos experimentado en la jornada pastoral con la que clausuramos el Año de la Misericordia. En un encuentro familiar cada miembro es importante, más aún, insustituible: sin su rostro, su nombre, sus proyectos, sus ilusiones y sus problemas, la convivencia sentiría una carencia, una nostalgia.

Nosotros, en cuanto bautizados, somos una familia, miembros de la familia de Dios, como dice la carta a los Efesios. Esa es nuestra dignidad y la raíz de nuestra espiritualidad: somos hijos amados del Padre; somos hermanos de Jesús (el primogénito de toda la creación y el primero en resucitar de entre los muertos); el Espíritu nos otorga el don de la adopción filial y nos permite invocar a Dios como *abba, papá querido*. En esta familia las relaciones deben ser cercanas, concretas, personales, inmediatas. Debemos conseguir que sea así nuestra experiencia de Iglesia.

Desde esta experiencia espiritual podemos entender lo que es una diócesis, nuestra diócesis, como Iglesia local. El Vaticano II lo dijo con claridad. Me gustaría recordar un doble aspecto: en primer lugar, la diócesis es una porción del Pueblo de Dios en la que está presente y actúa la Iglesia de Jesucristo porque se anuncia la Palabra y se celebra la Eucaristía; en segundo lugar, la Iglesia diocesana se manifiesta de modo especial en la Eucaristía presidida por el obispo y su presbiterio en medio del pueblo

cristiano. Así, en nuestra Iglesia diocesana concreta podemos decir y experimentar que somos Iglesia en sentido pleno y auténtico. Somos esa porción del Pueblo de Dios, que peregrina en Burgos, no de modo aislado o individual, sino como familia, unidos entre nosotros, como bien dice el lema: «CONTIGO».

Esta experiencia espiritual y esta realidad teológica tiene una evidente dimensión pastoral, práctica y concreta. Debemos vivir como familia, familia del Dios Trinidad, que se proyecta en medio de nuestra sociedad burgalesa, aportando nuestro testimonio específico a la convivencia y al bien común, abiertos al diálogo con quienes no piensan como nosotros, solidarios y comprometidos con los más frágiles de nuestro entorno y con los más olvidados de nuestro mundo. El Papa Francisco recordó en *Evangelii Gaudium* que la Iglesia particular es el primer campo de la evangelización.

Deseo que la celebración de esta fiesta familiar de nuestra Iglesia, así como las ocasiones de las diversas convocatorias y encuentros diocesanos que se nos vayan ofreciendo, nos ayuden a encontrarnos en un proyecto pastoral común y compartido por todos cuantos van caminando, como discípulos misioneros de Jesús, en esta misma Iglesia diocesana. Yo cuento con la Visita Pastoral, que me permite dirigirme a muchos de vosotros de modo cordial y directo, escuchando vuestra voz, inquietudes y aspiraciones. Y el gozo de mi ministerio episcopal encuentra aquí su fuente y su aliento. Pido a Dios que nos ayude a compartir la fe y a vivirla como una gran familia en nuestra Iglesia diocesana.

III

CULMINAMOS EL AÑO DE LA MISERICORDIA, PARA QUE SEA EL ALIENTO DE NUESTRA VIDA

(20-11-2016)

Este domingo de Jesucristo Rey del universo celebra el Papa en Roma la clausura del Año de la Misericordia. A lo largo del mismo nos ha ido ofreciendo reflexiones llenas de sentido espiritual, interpelaciones cargadas de exigencia y gestos de gran importancia simbólica y de fuerte repercusión social, como ha sucedido recientemente en el jubileo de los presos o de las personas sin techo. Fue un prólogo magnífico el acto que celebró en Bangui, en un país martirizado del África central, del que ya os hablé en uno de mis primeros mensajes dominicales. Su magisterio pontificio y su testimonio personal nos han ayudado a descubrir con más hondura y cercanía el modo de ser de Dios, y asimismo uno de los rasgos fundamentales de la conversión pastoral y de lo que llamamos salida misionera.

En nuestra diócesis, como en la mayoría de las Iglesias locales, la celebración de clausura se anticipó una semana, el pasado sábado 12 de noviembre. Esa intensa jornada tuvo para mí un significado especial, pues la apertura del Año Santo fue uno de los primeros actos que presidí como pastor de esta diócesis. Por eso, contemplo el año transcurrido como una profunda, hermosa y continua experiencia de misericordia que he compartido con vosotros y entre vosotros.

Estos meses han estado jalonados de actividades de muy diverso carácter: celebraciones litúrgicas con particular relieve dado a la Eucaristía y a la reconciliación sacramental, conferencias y charlas para públicos distintos, reflexiones pastorales sobre las exigencias de la misericordia, práctica concreta de las obras de misericordia... Todo ello se ha realizado a nivel diocesano, arciprestal y parroquial, e igualmente movimientos y asociaciones lo han tenido muy presente en sus actividades. Especial honra y significado ha revestido siempre la celebración jubilar del paso por la Puerta Santa tanto en la catedral como en los templos designados para ello. Por eso al concluir este Año Santo no puedo dejar de expresar mi gratitud a la Comisión Diocesana que ha planificado y acompañado tan numerosas acciones evangelizadoras y a todos aquellos que de modo diverso han vivido y testimoniado el significado auténtico de la misericordia.

Providencialmente la celebración de clausura ha coincidido con el día de la Iglesia diocesana, y por eso ha estado realizada por el IX Encuentro Pastoral Diocesano. La experiencia de la misericordia ha contribuido, como os decía el domingo pasado, a vivirla como una fiesta entrañablemente familiar, facilitando el mutuo conocimiento de quiénes somos y de lo que hacemos.

Fue jornada de puertas abiertas (no puede ser de otro modo en la familia) y de presentación de ilusionantes experiencias pastorales para que todos pudiéramos conocer la realidad concreta de la misericordia; hubo ocasión de compartir en torno a la mesa para consolidar nuestras relaciones humanas y eclesiales; la Eucaristía posterior fue por una parte punto de llegada de un itinerario recorrido conjuntamente, cima y cumbre para redescubrir la misericordia de Dios manifestada en la entrega de Jesucristo, y a la vez también punto de partida para que la misericordia siga tejiendo nuestra vida espiritual, nuestras prácticas pastorales y nuestra conversión misionera.

Como os decía en la homilía de aquella Eucaristía, al finalizar el año litúrgico descubrimos que nos encontramos en un tiempo intermedio, caracterizado por tres dimensiones fundamentales: es tiempo de discipulado, para anunciar, testimoniar y comunicar lo que descubrimos en el seguimiento de Jesús; es tiempo de misericordia, para experimentar el amor inagotable de Dios por todos y especialmente por los más vulnerables; es tiempo de es-

peranza activa, para que nos comprometamos haciendo presentes en nuestro mundo los bienes prometidos. Todo esto lo seguiremos profundizando y celebrando en el Adviento ya próximo, con la ayuda del Señor.

IV

UN AÑO ENTRE VOSOTROS. VIVAMOS JUNTOS LA GRATITUD Y LA ESPERANZA DEL ADVIENTO

(27-11-2016)

Un año más el Señor, por medio de su Iglesia, nos invita a reanimar nuestras esperas y esperanzas. Este domingo comenzamos el Adviento, tiempo litúrgico que nos marca un ritmo más intenso para preparar la venida y acogida del Hijo de Dios, la Navidad. Nuestra fe nos habla de una triple venida de Jesucristo al mundo. Por ello, en este tiempo recordaremos con ternura, en nuestras casas, templos y felicitaciones, su primera venida hace unos dos mil años naciendo en Belén. Estamos a la espera de su última venida al final de los tiempos. Estamos viviendo, como os decía en la Eucaristía de clausura del Año Santo, en un tiempo intermedio en el que Dios sigue haciéndose próximo en la debilidad y en la grandeza de la persona humana.

Nuestra espera, animada siempre por la esperanza cristiana –como insistía en la misma homilía– ha de ser activa, comprometida. Algo así como cuando esperamos que venga a nuestro encuentro algún amigo o persona querida. Hemos de prepararnos personalmente para que el encuentro con el Señor que viene sea más hondo y verdadero; hemos de intentar que nuestras comunidades y nuestra Iglesia sean más evangélicas y acogedoras para que todos puedan sentirse como en su casa; hemos de convertir nuestra evangelización, a veces rutinaria, para que el Dios del Amor, en todas sus mediaciones, se haga el contradicho con los hombres.

En un mundo que progresa, que se supera a sí mismo en las conquistas del confort y de la ciencia, en una sociedad en que, a pesar de todo ello, no puede quitarse de la vista la angustia, la inquietud y el sufrimiento de innumerables rostros, los cristianos somos invitados en el Adviento a practicar la espera de los bienes divinos, a acoger la presencia y la cercanía de Dios que pone su tienda entre nosotros, a dar testimonio de nuestra esperanza ante los ojos de los ciudadanos, a la par que colaboramos con tantos hombres y mujeres que anhelan un mundo mejor.

El hecho de celebrar mañana mi primer aniversario como obispo vuestro al servicio de esta Iglesia diocesana es para mí motivo de aliento y de

gratitud. He comprobado que Burgos es una Iglesia viva, que camina y avanza de modo positivo. Me ha impresionado la mucha gente buena que me encuentro, y que no percibo divisiones ni grupos enfrentados. Sois gente castellana, serios por fuera pero nobles y cálidos por dentro. Bien puedo decir, a semejanza de san Pablo: vosotros sois mi gozo y mi esperanza.

Yo por mi parte he procurado, y lo seguiré haciendo, ser cercano con todos para servirlos mejor, pues no sé ser de otro modo. Mi referencia para la vida diaria ha sido intentar ser como Jesús en su trato con los demás, como hicieron y siguen haciendo sus seguidores más coherentes. Dios me hizo percibir desde el principio de mi quehacer como sacerdote que mi vida la había recibido para servir. Hace ya 48 años que el Señor me llamó para ser servidor y mediador suyo en favor de los demás en mi ministerio sacerdotal, de los cuales los 21 últimos años han sido de servicio episcopal. Dios me hizo entender que así debería ser mi vida y así se refleja en mi lema episcopal: «Para que tengan vida». Y para que otros tengan vida yo tengo que poner la mía a su servicio y disposición.

Por todo ello, me invito y os invito en este tiempo de Adviento a seguir caminando, sabiendo que cada día empieza algo nuevo que forma parte de una bella historia humana que, abierta a Dios, sin dejar de ser humana, va siendo al mismo tiempo historia de salvación. Así nos lo hemos propuesto en el Plan diocesano que nos impulsa a vivir como «discípulos misioneros». Discípulos que intentan a lo largo de su vida seguir a Jesucristo en actitud de continua conversión. Misioneros que cuenten y contagien a los demás lo que para nosotros es lo más importante, lo que da sentido fundamental a nuestras vidas: Jesucristo.

Como decimos en la liturgia de este tiempo, avivemos «al comenzar este Adviento, el deseo de salir al encuentro de Cristo que viene, acompañados por las buenas obras», sabiendo que «el mismo Señor que se nos mostrará entonces lleno de gloria» viene ahora a nuestro encuentro en cada rostro y en cada acontecimiento, «para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la espera dichosa de su Reino». ¡Ven, Señor Jesús!

Entrevista

«QUIERO PONER MI VIDA A DISPOSICIÓN DE TODOS “PARA QUE TENGAN VIDA”»

Llegó a la diócesis el 28 de noviembre de 2015 y se convirtió en el cuadragésimo noveno arzobispo de Burgos, sucediendo en la responsabilidad a D. Francisco Gil Hellín. Abulense de nacimiento, Fidel Herráez Vegas recibió la ordenación sacerdotal hace 48 años en Madrid, donde ha sido obispo auxiliar durante dos décadas. A su llegada a Burgos aseguró sentirse «indigno y pequeño» al asumir su responsabilidad como pastor de una diócesis de larga historia a la que quiere «amar y servir», como ha asegurado en numerosas ocasiones. Conciso en sus respuestas, repasa en esta entrevista cómo es la diócesis que se ha encontrado, los retos pastorales que quiere seguir afrontando y el talante con el que está asumiendo su misión en Burgos.



Don Fidel, en su despacho

Hace ya un año que llegó a la diócesis. Ha pasado tiempo suficiente para hacerse una idea de la realidad de la misma. ¿Cómo es, a grandes líneas, la Iglesia que se ha encontrado?

Es una Iglesia viva, caminando y avanzando positivamente. Y esto es fruto de todo un pasado más lejano y más cercano; la realidad actual de la diócesis es fruto también de su pasado.

¿Tenía alguna idea preconcebida? ¿Cómo esperaba que fuera la diócesis, o qué referencias tenía de ella?

Yo venía abierto, apoyándome en Dios que a través de la Iglesia me enviaba aquí. Externamente tenía muy buenas referencias, como una diócesis donde se podía trabajar bien pastoralmente.

¿Qué es lo que más le ha impactado?

Sin tratar de halagar los oídos a nadie –lo digo con toda sencillez y con toda verdad– me ha impresionado la mucha gente buena que hay. No percibo divisiones ni grupos enfrentados, sino que, con las características propias de una diócesis amplia, hay una coherencia de conjunto que es muy de agradecer y sumamente grata.

¿Y a los burgaleses? ¿Cómo nos calificaría?

Sois gente castellana, serios por fuera y acogedores y cálidos por dentro. Yo mismo soy castellano; los diez primeros años de mi vida los pasé en Ávila y mis raíces son claramente castellanas.

¿Y a nuestros gobernantes locales? Ya se ha entrevistado con todos y de la situación política española mejor no hablar... o sí. ¿Qué opinión le merecen nuestros políticos?

En Burgos me he entrevistado ya con todos: políticos, militares, universitarios, ámbitos de comunicación y de prensa... y he establecido buenas relaciones con todos ellos. Respecto a los de Burgos –vuelvo a repetir que no quiero halagar a nadie el oído–, considero que son buenos, están llevando responsablemente las tareas que tienen encomendadas. Otra cosa es el ámbito nacional y ahí estoy hondamente preocupado. He tenido oportunidad en el pasado y el presente de tener relación con muchas personas implicadas en la vida pública y veo diferencias considerables: antes se pensaba más en el bien común. Ahora se sigue más el interés partidista y personal y menos el bien común. Y eso ya vemos los frutos que está dando.

¿Le preocupa que le comparen con sus predecesores? ¿Cómo calificaría la labor que han desempeñado antes que usted?

No me preocupa que me comparen; cada uno hace su tarea con la ayuda de Dios y de los demás. Esta diócesis es fruto de un pasado que me ha

dejado muy buena herencia. Por consiguiente, no me preocupa, sino que acojo con gratitud lo que se ha hecho anteriormente, incluido mi pasado inmediato. Me llevo muy bien con mi antecesor, con don Francisco. Ojalá yo realice también adecuadamente la tarea durante el tiempo que Dios quiera que sirva a esta Iglesia diocesana.

Muchos lo han visto como un arzobispo cercano, que intenta estar con la gente y conocer toda la realidad de la diócesis a pie de calle. Incluso mucha gente tiene ya su propio número de teléfono. ¿Por qué esa cercanía?

No sé si es exagerada la afirmación, pero no sé ser de otro modo. Es más, en este punto tampoco quiero ser de otro modo... Mis referencias a la hora de llevar mi vida diaria son dos: intentar seguir a Jesús en su trato con los demás, y acoger el ejemplo de quienes han sido y son sus seguidores más coherentes, personas que han vivido con los demás de forma sencilla. Ojalá que yo pueda ser también buen seguidor de Jesucristo e imitador de estos seguidores suyos.

El día de la imposición del palio, repitió una vez más desde el día en que llegó, que su vocación es servir. ¿Es fácil servir y contentar a todos?

Dios me hizo percibir desde el principio de mi quehacer como sacerdote que mi vida tenía que ser para servir. Hace ya más de 48 años que el Señor me ha querido como servidor suyo y mediador de él para los demás en el ministerio sacerdotal, de los cuales los 21 últimos años han sido de servicio episcopal. Dios me ayudó a percibir que así debería ser mi vida y ese fue mi lema sacerdotal desde el principio, «para que tengan vida». Y para que otros tengan vida yo tengo que poner la mía a disposición. Y esto lo hago no porque intente tener contentos a todos, sino porque es lo elementalmente coherente para seguir a Jesucristo.

Eso le ha llevado ya a recorrer cientos de kilómetros con su visita pastoral. ¿Cómo ve la pastoral de esta diócesis tan rural?

He recorrido la diócesis de norte a sur, de este a oeste... He estado ya en bastantes parroquias para diversas actuaciones pastorales y haciendo visita pastoral en otras 60. Nuestra diócesis tiene una superficie grande y es variada en su geografía. Ciertamente me preocupa la atención adecuada en toda la zona rural y estoy seriamente empeñado en ver cómo hacerlo. Sin embargo, también debemos tener en cuenta que la población más numerosa está en los no muchos centros urbanos más poblados. Una y otra de estas dos realidades quiero que sean atendidas lo mejor posible.

¿Le preocupa que no se pueda atender pastoralmente la vida de tantas parroquias rurales?

Repito: me preocupa y mucho. Teniendo en cuenta lo que ya se ha hecho en este sentido, voy a procurar que se reflexione sobre nuevas solucio-

nes. Hay que reconocer el admirable ejemplo, quehacer y entrega de los sacerdotes que están en estos ámbitos rurales. Entrega que es desconocida para muchos, pero para mí, que lo estoy conociendo, me resulta francamente admirable.

¿Qué preocupaciones le transmite la gente de los pueblos que visita?

Los encuentros son muy cordiales y cercanos. Me hablan de su pueblo, de su parroquia con los problemas de sus goteras y sus vigas; que desearían celebrar más frecuentemente la Eucaristía... Lo que me presentan con interés y cercanía son las realidades concretas de su día a día.

Además de salir, también pasa muchas horas en su despacho. La luz de su habitación está encendida bien entrada la noche. ¿Cuáles son los asuntos que más le urgen o preocupan?

Dios hasta este momento me ha dado buena salud: me levanto pronto y me acuesto tarde. Con pocas horas de dormir tengo suficiente. Los asuntos que más requieren mi atención quedan reflejados en el Plan Pastoral que hay que ir desarrollando en los próximos cuatro años. Hay algunos otros proyectos referidos a realidades organizativas que afectan a la vida pastoral de la diócesis, que iremos madurando y concretando progresivamente.

Quizás uno de esos proyectos es el plan diocesano de pastoral. ¿Por qué cree que la diócesis debe apostar por su conversión pastoral y dedicarse a lograr «discípulos misioneros»?

El título del Plan es una buena síntesis para nuestra actuación pastoral: «Discípulos Misioneros». Discípulos que intentan día a día y en toda su vida seguir a Jesucristo en actitud de mejorar cada vez más, en continua conversión. Misioneros, que cuenten y contagien a los demás lo que para nosotros es lo más importante y da sentido fundamental a nuestras vidas: Jesucristo y la alegría del Evangelio. En este sentido, gozamos del abundante testimonio de los 730 misioneros de nuestra diócesis.

Unos de los principales colaboradores del arzobispo son los sacerdotes. Con muchos ya se ha encontrado. ¿Cómo valora al clero burgalés?

Mi valoración es muy buena, de nivel alto. Me he entrevistado ya con 260 hermanos sacerdotes. El Seminario, los sacerdotes precedentes, la Facultad de Teología, y sus familias han sido factores muy importantes en la preparación teológica y pastoral de nuestros sacerdotes. Siento verdadera gratitud y admiración por los sacerdotes mayores.

La formación de los sacerdotes es uno de los asuntos que ha abordado, nombrando nuevos rector y director espiritual en el Seminario. ¿Por dónde le gustaría que fuera la formación de los seminaristas?

El sacerdote es mediador fundamental, aunque no único, en la vida de la Iglesia y en el anuncio de la Buena Noticia de Jesucristo. Por eso, hay que educar a los jóvenes seminaristas para que vayan siendo, en el mundo de hoy, muy buenos amigos de Dios y muy buenos servidores de los demás, especialmente de los más necesitados. También hemos de orar y trabajar por nuevas vocaciones.

Otro de los cambios significativos ha sido el nombramiento del Consejo de Gobierno. ¿Por qué ha confiado en estos sacerdotes?

En nuestro clero no es difícil encontrar y contar con muy buenos colaboradores. Lo que les pido es que estén muy cerca de la vida de cada día, muy cerca de Dios y sirviendo a todos.

Muchos ven en su elección una clara apuesta por la pastoral y el ámbito social...

En las muy diversas actuaciones intento, como he dicho, que mi elección esté en la verdadera unión con Dios y en el mejor y más pleno servicio a los demás para que sean mediadores de la Buena Noticia en los diversos ámbitos personales y sociales.

Entre esos vicarios destaca uno nuevo: el de la Vida Consagrada. ¿Por qué esta apuesta decidida por la vida religiosa?

Es y será siempre una de las realidades fundamentales de la Iglesia en general y de nuestra diócesis en particular. Precisamente, por ahí comencé. En las primeras semanas de mi estancia aquí recorrí los 31 monasterios de vida contemplativa –27 femeninos y 4 masculinos– y estuve con las cerca de 80 familias de vida consagrada.

También quiere que la economía esté al servicio de la pastoral con un vicario. La de Burgos es una diócesis con mucho patrimonio, muchos tejados, una majestuosa Catedral... ¿Qué hará para mantener en pie tanta riqueza cultural?

En la Iglesia la economía adquiere su sentido adecuado cuando está al servicio de las realidades fundamentales de la misma. No puede ser, por consiguiente, ajena al gobierno pastoral del conjunto de la diócesis. Por eso, he querido que esté presente un vicario dentro del Consejo de gobierno. Ciertamente el patrimonio es impresionante en nuestra diócesis y es fruto de la vida cristiana de nuestros antepasados. Nosotros tenemos una doble tarea: recibir agradecida y activamente el abundante mensaje que en él se dio de fe, de entrega y servicio a los demás, y el mantenerlo lo mejor posible para que puedan también contar con él en el futuro. Esto es

muy importante y otra de mis preocupaciones. Sé que esta tarea no es fácil por ser abundantísimo ese patrimonio; lo hacemos lo mejor que podemos, conscientes de que las limitaciones económicas nos dejan llegar solo hasta donde llegamos.

¿Por qué ha apostado por confiar a laicos puestos de responsabilidad diocesanos? Recientemente nombraba a una delegada de apostolado seglar y a un matrimonio como delegados de familia...

La Iglesia es Pueblo de Dios en camino, nos dijo el Concilio Vaticano II. Todos, laicos y no laicos, formamos parte viva de este pueblo. Por eso, las tareas han de estar lo más posible llevadas a cabo por todos: consagrados, sacerdotes, laicos..., todos miembros del Pueblo de Dios. En cuanto al matrimonio y la familia, el cuidado de esta realidad es también necesario y decisivo.

El otro día presentaba los datos de la Iglesia diocesana: bautismos, comuniones, confirmaciones, matrimonios... que van disminuyendo año tras año. Cada vez hay menos jóvenes en las parroquias, menos vocaciones al sacerdocio, etc. ¿Le preocupa la secularización? ¿Cómo afrontará este reto?

La disminución a la que aludes tiene diversas causas. Una de ellas es la bajada de la natalidad. Otra, el avance del secularismo de la sociedad en su conjunto, con el consiguiente materialismo. ¿Cómo afrontarlo? Trabajando con los jóvenes y tratando de vivir seriamente el seguimiento de Jesucristo, con nuestro servicio de amor generoso siempre y a todos.

«Deseo vivir con coherencia, en servicio de amor generoso siempre y a todos».

¿Y la remodelación de las estructuras diocesanas? ¿Cómo van esos cambios en arciprestazgos o la misma curia? Usted ha dicho que desea que la Casa de la Iglesia sea una casa de todos, pero a algunos sacerdotes incluso les da reparo acercarse por allí...

Esa puesta a punto de nuestras estructuras externas ha de acompañar hoy y aquí nuestra tarea del anuncio coherente del Evangelio. Y esto en todos los ámbitos y estructuras diocesanas que sea posible, no solo en la Casa de la Iglesia, como dices. Es preciso que intentemos vivir y concretar el ser «discípulos misioneros» en todos los ámbitos.

Y ahora, ¿qué?

Seguir caminando en el día a día, sabiendo que cada uno de ellos es nuevo y forma parte de una bella e importante historia humana que, abierta a Dios, sin dejar de ser humana, va siendo al mismo tiempo historia de salvación. También me gustaría que quedaran reflejadas en la entrevista otras dos realidades. Una, la importancia del ámbito educativo; estamos

procurando colaborar también ahí para que se lleve adelante su finalidad fundamental: la educación sistemática, armónica e integral de los niños y jóvenes, de forma que se vayan desarrollando adecuadamente en cada uno el conjunto de sus capacidades, dimensiones y valores. La otra realidad es el Camino de Santiago en nuestra diócesis. Antes lo desconocía, pero es muy importante y uno de los símbolos que he querido incluir en mi escudo episcopal. Ha conllevado y seguirá ofreciendo realidades importantes para las miles de personas que quieren encontrarse un poco más con Dios, consigo mismas y con los demás.

Agenda del Sr. Arzobispo

AGENDA DEL SR. ARZOBISPO MES DE NOVIEMBRE

- Día 1: Eucaristía en el Cementerio.
- Día 2: Visitas. Eucaristía por todos los difuntos en la Catedral.
- Día 3: Eucaristía por los obispos y sacerdotes de Burgos difuntos en la Catedral. Visitas
- Día 5: Homenaje al Card. Antonio M^a Rouco en Madrid.
- Día 7: Consejo Episcopal.
- Día 8: Visitas. Eucaristía de acción de gracias por la canonización de Sor Isabel de la Trinidad
- Día 9: Rueda de prensa por el día de la Iglesia Diocesana. Visitas.
- Día 10: Consejo Episcopal. Visitas.
- Día 11: Reunión del Colegio de Consultores. Visitas.
- Día 12: Jornada de Pastoral. Eucaristía de clausura del año de la misericordia en la catedral.
- Día 13: Fiesta del Reservado en el Seminario. Eucaristía, vela, vísperas y procesión.
- Día 14: Consejo Episcopal.
- Día 15: Visitas.
- Día 16-19: Curso para obispos sobre sobre el nuevo proceso matrimonial.
- Día 19: Participación en el Consistorio para la creación de nuevos cardenales.
- Día 20: Eucaristía de clausura del Jubileo de la Misericordia en San Pedro.

- Día 21-25: Asamblea plenaria.
- Día 23: Actos con el Rey D. Felipe en Burgos: Inauguración de Campofrío. 125 aniversario de Diario de Burgos. Entrega de premio empresarial en Las Huelgas.
- Día 26: Consejo Pastoral.
- Día 27: Visita pastoral a La Horra y servicios.
- Día 28: Consejo episcopal. Celebración de la entrega de la Biblia con las Comunidades Neocatecumenales en San Martín de Porres.
- Día 29: Visitas. Visita a Proyecto Hombre y comida. Encuentro de Apostolado Seglar.
- Día 30: Reunión con el equipo del seminario. Visitas

Visita Pastoral

I

VISITA PASTORAL A LA UNIDAD PASTORAL DE ORONCILLO

(16 y 22 Octubre 2016)

DOMINGO 16 DE OCTUBRE DE 2016



1. – VILLANUEVA DE TEBA

Llegamos a las 11 a.m. a la Iglesia de San Pedro. Nos está esperando a la puerta un grupo de unas 20 personas... D. Fidel saluda personalmente a todas. Dentro del templo hacemos la oración al Buen Pastor. Cantamos y oramos por nuestro obispo y por todas las necesidades del mundo. Después, un diálogo entre D. Fidel y los vecinos de Villanueva. Entre las preocupaciones de los vecinos, el estado de la cubierta

de la Iglesia, que hay que revisar para que no haya goteras. Terminamos orando por los difuntos del pueblo y haciéndonos una foto.



2. – PANCORBO

A las 12 tenemos un encuentro con las confirmandas y sus familias... También hay integrantes del Coro y del Consejo Parroquial (en total, 20 personas). El diálogo es fluido. Se habla mucho de la actualización de la Iglesia y de la dificultad que tiene para hacer llegar su mensaje a los jóvenes. La cercanía, el testimonio y

la creatividad aparecen como algo fundamental para ser creíbles ante las nuevas generaciones.

A continuación tenemos la Eucaristía y la Celebración de las Confir-maciones. En un ambiente de fiesta, la comunidad cristiana de Pancorbo, acompañada por gentes venidas de otros pueblos, celebra su fe con el Obispo. Finalmente D. Fidel saluda personalmente a casi todos los pre-sentes.

D. Fidel insiste en visitar la Iglesia de Santiago, antiguo templo con hospital de peregrinos, que por la Vía de Bayona realizaban el Camino de Santiago. Se admira del retablo y de las obras de Delfín Gómez Grisaleña (Apocalipsis, Apostolario y Job) y José María Díaz Mozaz, pintores que embellecen las paredes y los espacios de este hermoso templo.



3. – ENCÍO

A las 4:30 p.m. nos reciben con alegría 15 personas en el pueblecito de Encío. D. Fidel las saluda una por una. Entramos en el local municipal, que hace las veces de capilla cuando hay celebraciones, pues la Iglesia parroquial de San Cosme y San Damián está siendo rehabilitada. Ante las imágenes de los santos médicos hacemos la oración al Buen Pastor. La cercanía de D. Fidel hace que el diálogo sea cercano y

casi todos quieren hacerse una foto con el obispo. Tomamos un café con una deliciosa quesada que ha elaborado una parroquiiana. Oramos por los difuntos. Salimos a la calle para contemplar la belleza de los Montes Obarenes y disfrutar de la agradable tarde que tenemos.



4. – VALVERDE DE MIRANDA

A las 5:45 p.m. llegamos a Valverde de Miranda, donde unas 25 personas nos reciben con alegría a la vera del río Oroncillo. D. Fidel saluda a todas. Entramos a ver la Iglesia de San Pedro. Oramos por los difuntos. Como hay poca luz en el templo salimos afuera para hacer la oración del Buen Pastor y charlar amigablemente con todos los presentes. D. Fidel muestra su admiración ante el hermoso templo natural y ve la olma

centenaria y el lavadero antes de despedirse con la bendición para todos.



5. – BUJEDO

Llegamos a las 6:40 p.m. a Bujedo y nos esperan 20 personas a la puerta de la Iglesia. El alcalde, Juan Manuel Ramos, es el primero que recibe al Obispo y le saluda en nombre del pueblo. D. Fidel saluda a cada uno, sobre todo a las dos niñas que acuden. Entramos en la Iglesia parroquial de Santa María y hacemos la oración del Buen Pastor. Luego vienen las palabras de presentación de D. Fidel y el diálogo con los vecinos,

que manifiestan sus preocupaciones. Les gustaría tener más celebraciones en invierno y Semana Santa... Buscamos soluciones para sus inquietudes y rezamos por los difuntos. No visitamos a los Hermanos de las Escuelas Cristianas (La Salle) porque el obispo les había visitado el domingo pasado.

SÁBADO 22 DE OCTUBRE DE 2016



1. – AMEYUGO

La primera visita del día, Ameyugo. Nos recibe el alcalde, junto a unas 20 personas, entre ellos 5 niños. Dentro de la Iglesia de Nuestra Señora de la Antigua rezamos con El Buen Pastor y tenemos un diálogo, iniciado por D. Fidel. Los fieles manifiestan su preocupación por la cubierta, limpieza de la torre y su escalera de acceso, llenas de palomina. Terminamos la visita orando por los difuntos y ha-

ciéndonos unas fotos con los más pequeños. Recordamos que este año ha habido 3 bautizos y 3 comuniones en Ameyugo.



2. – ALTABLE

A las 12:20 p.m. llegamos a Altable, donde nos recibe la alcaldesa en compañía de los vecinos en la Asociación Cultural, donde degustamos un rico café con unos dulces. D. Fidel saluda uno por uno a todos los presentes, unos 20. Hay también un niño. El obispo saluda y se establece un bonito diálogo en la Asociación. En la

Iglesia de San Sebastián hacemos la oración del Buen Pastor y rezamos por los difuntos. Los vecinos muestran su preocupación por las goteras y por la torre, que necesitan una buena revisión. Nos comprometemos a hacerla.

3. – VALLUÉRCANES

A la 1:20 p.m. llegamos a la Iglesia parroquial de San Pedro, donde nos reciben 12 personas. D. Fidel se admira de las hermosas iglesias de estos pueblecitos y admira las dos pilas bautismales que encuentra en el templo, una de las cuales procede de la iglesia vieja del cementerio, actualmente en ruinas. También aprecia los retablos y la altura de la nave central. Oramos a Jesús Buen Pastor y D. Fidel entabla un diálogo con los presentes, que culmina en una oración por los difuntos y las fotos de rigor. Disfrutamos de una agradable comida con Gabriel Moreno, sacerdote de este pueblo, con sus padres Efrén y Marina, y su hermana Carmen.

4. – SILANES

Llegamos a las 4:45 p.m. al pueblecito de Silanes, en las faldas de los Montes Obarenes. Nos reciben Chema y Miriam, casi los únicos pobladores en esta época del año. Poco después llega otro vecino. Contemplamos la Creación de Dios con ojos de admiración y agradecimiento. Entramos en la Iglesia de San Román para dar gracias a Dios y orar por los difuntos. D. Fidel habla con los pocos vecinos y en torno a la pila bautismal recuerda a los que pasaron por aquí y los que hicieron posible que la fe se viviera en Silanes durante siglos y se dejara sus huellas en este templo.

5. – SANTA MARÍA RIBARREDONDA

A las 5:15 nos está esperando un grupo de unas 40 personas a la entrada de la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. El teniente alcalde, Juan Carlos García, recibe cariñosamente al obispo recordando sus años de seminarista. D. Fidel saludó uno a uno a todos los vecinos. En el interior del templo hacemos la oración del Buen Pastor y rezamos por los difuntos. El obispo se presenta e inicia un diálogo en el que participan varios vecinos.

Van llegando personas de los distintos pueblos del Arciprestazgo de Miranda (son 30 en total), para recordar que no es únicamente un arciprestazgo urbano, sino que hay presencia rural en él. Nos hemos reunido para celebrar la Fiesta de la Sementera, que inició el entonces párroco de Pancorbo D. José Antonio Calvo, y que año tras año reúne a muchas gentes de los pueblos en torno al momento de la Siembra, para pedir a Dios buena

sementera y buena cosecha. Este año el lema es “El agua, fuente de vida” y toda la celebración litúrgica giró en torno al agua, como elemento vital y como signo de Jesús. De cada población traen un poco de agua, que sirve para asperjar (símbolo de penitencia), para beber (símbolo de Jesús, Agua Viva) y para regar las semillas que depositamos en la tierra de varios tiestos (símbolo del agua que cae del cielo para empapar la tierra). Nos acompañan los sacerdotes Ángel Santamaría, León Carrera y Jesús Ayala.

Continuamos la celebración de la Sementera en el antiguo cine de Santa María, que nos sirve para degustar una rica merienda y charlar con gentes de distintos pueblos. D. Fidel se ve acompañado de muchas personas que quieren saludarle. Regresamos a Burgos dando gracias a Dios por esta Visita Pastoral y por la buena gente de los pueblos de la Unidad Pastoral Oroncillo.

RICARDO GARCÍA GARCÍA
Párroco

II

VISITA PASTORAL A LA UNIDAD PASTORAL DE OCA

(30-10-2016)

Se puede decir sin exagerar que la visita Pastoral al Valle de Oca, ha sido un gran éxito, y de mucho, no, de muchísimo provecho espiritual.

La cercanía de D. Fidel a la gente, su amabilidad, su entrega, su alegría, el compartir la comida con todos, saludando uno a uno, ha fascinado a todos los feligreses. Me han confirmado que el 30 de octubre del 2016 para la mayoría, quedará en la memoria de lo que era un obispo antes de este día, y lo que será a partir de ahora.

La oración que, con anterioridad hacíamos por la visita pastoral, ha surtido efecto. Ha habido personas que han pedido el sacramento de la penitencia y sin tapujos me han dicho: D. Fidel me ha traído aquí.

Otros, a partir de ahora: pediré por D. Fidel todos los días. Otros que no aparecían por la Iglesia, me han asegurado que vendrán.

Empezamos recogiénolo en la casa de la Iglesia y caminando con horarios preparados para poder visitar todas las parroquias.

En cada una de ellas, oró con ellos, se rezó un responso por los difuntos, les dio opción a que preguntaran lo que quisieran, les habló de lo que es un Obispo y él mismo invitó a los fieles a hacerse unas fotos.



Ocón de Villafranca



Villalbos



Villalómez



Villanasur

Al llegar a uno de los pueblos, Villalómez, un niño de 4 años que estaba con la bicicleta paseando al lado de la Iglesia, cuando le vio, le saludo diciendo: ¡hola obispo! Luego los niños se hicieron una foto con él en el altar. Le preguntaron muchas cosas.

Y así sucesivamente en todas las parroquias. En Villafranca Montes de Oca, donde se habían desplazado las demás parroquias celebramos la Misa Estacional con la Iglesia a rebosar. En dicha celebración confirmó a una niña. Luego visitó a una anciana de 96 años a la que le dio la comunión y compartió con ella.

A continuación compartieron la comida con D. Fidel 50 personas.

Antes de regresar para Burgos, visitamos la Ermita de Nuestra Señora de Oca, y cantamos la salve.

JOSÉ MARÍA SANZ SÁIZ
Párroco

Vicaría General

AYUDAS PARA LA FORMACIÓN DE LOS SACERDOTES

(Algunas concreciones al art. 29 del Reglamento del Fondo de Sustentación)

Algunos sacerdotes han solicitado al Fondo de Sustentación del Clero diferentes ayudas para la realización de estudios diversos. Con el objetivo de tener un criterio para estos casos, se acuerdan las siguientes indicaciones que precisan el Reglamento:

1. Principios fundamentales:

- Es necesario incentivar un clero bien formado y preparado, especialmente en lo que la Diócesis estime necesario y conveniente.
- El criterio será equitativo, objetivo y aplicable, para todos los sacerdotes.
- Se prioriza la elaboración de un compendio de cursos o estudios donde la Diócesis considera más necesaria la formación del clero... (Psicología, arte, lenguas clásicas, idiomas, Informática...)
- Se ve la necesidad de ofertar una formación pastoral y teológica, que sirva de actualización y formación permanente de los sacerdotes.

2. Para las ayudas económicas, existe una diferencia esencial entre quienes se forman por mandato y quienes lo hacen por iniciativa personal, con permiso:

A. POR MANDATO:

Para las ayudas económicas, se aplicará el artículo 29 del Reglamento del Fondo de Sustentación del Clero:

“Los sacerdotes de la Diócesis que, por mandato del Sr. Arzobispo, realicen estudios eclesiásticos o civiles, tanto en cursos regulares como

circunstanciales, recibirán del Fondo una ayuda económica de acuerdo con los criterios siguientes:

- a) Sacerdotes en cursos regulares con dedicación exclusiva a los estudios.
- b) Sacerdotes en estudios circunstanciales, en cada caso, si el Sacerdote precisa alguna ayuda deberá solicitarla por escrito al Sr. Arzobispo. Se adjuntará, a dicha solicitud, un presupuesto de gastos en razón de los estudios, así como una relación de las ayudas que pudiera obtener.
- c) Sacerdotes que cursen estudios con matrícula ordinaria en la Facultad de Teología del norte de España, Sede de Burgos.

B. CON PERMISO:

Si se solicita ayuda económica, ha de existir previamente un permiso explícito. Para la concesión del permiso, por parte del Obispo o Vicario General, el solicitante deberá presentar al menos:

- La temporalidad para dicha dedicación (sin desatender la misión pastoral, parroquias, cura de almas, reuniones arciprestales, retiros...).
- Coste económico (matrícula, viajes...) y medios con los que cuenta (situación económica, becas...).
- Duración de los cursos o del tiempo formativo.

A la hora de la concesión de la ayuda económica solicitada, se tendrá en cuenta:

- Aportación al Fondo de Sustentación por parte del solicitante.
- Presentación de cuentas anuales pertinentes conforme al cargo.
- Presentación de ficha económica personal.
- Aprovechamiento de estudios.

Como criterio general, la ayuda económica se puede fijar en un % del costo de la matrícula de la formación o estudios solicitados.

FERNANDO GARCÍA CADIÑANOS
Vicario General

I

APROBACIÓN DE ESTATUTOS

Con fecha 11 de noviembre de 2016, el Sr. Arzobispo ha aprobado los Estatutos del Consejo Pastoral y Económico de la Parroquia de San Cosme y San Damián de Covarrubias.

II

JUBILACIÓN POR LA SEGURIDAD SOCIAL

Con fecha 27 de noviembre de 2016 el Sr. Arzobispo ha aceptado la solicitud de jubilación (dentro del sistema de la seguridad del clero) al Rvdo. D. Francisco Pérez Herrero.

Sección Pastoral e información

Delegación de juventud

CINCO SENTIDOS

El viernes 4 de noviembre se desarrollaba el acto denominado “cinco sentidos”. Fecha cercana a la conmemoración de los mártires de la persecución religiosa en España. Fue una presencia joven en la calle, que en un principio estaba programada en la escalera del sarmental y que finalmente, por el tiempo que hizo esa tarde, tuvo lugar en el arco de Santa María. Un grupo de música formado para la ocasión fue cantando distintas composiciones que invitaban a la oración o invitaban a escuchar mensajes relacionados con los cinco beatos de la diócesis que protagonizaron la ceremonia del 23 de abril en la catedral. Cuatro de ellos fueron jóvenes músicos y esto hizo que expresamente se mostrara su testimonio de vida por medio de la música. La labor pedagógica como educadores se manifestó en la realización de un grafiti en que se mostraba de forma alegórica la innovación en las maneras de educar del momento. Una representación teatral acercó su vida a quienes se encontraban a su paso por el arco con esta apuesta alegre, actual y joven. El acto, que comenzaba a las 18,30 terminaba con la oración joven a las 10 de la noche en la iglesia de S. Nicolás, templo donde se guarda el cuadro que los representa para su veneración. Cinco sentidos en referencia a los cinco beatos y a la puesta en práctica a lo largo de la tarde de nuestros cinco sentidos.

SABADO ALTERNATIVO

Convocado desde el equipo de trabajo de pastoral con adolescentes, que funciona bajo la coordinación de la delegación de infancia y juventud, el sábado 5 de noviembre se volvió a vivir el sábado alternativo. Por la tarde, a las 8, y hasta la noche, las 11,30, se desarrolló esta propuesta. Pretende ser un momento de convocatoria en el mes de noviembre con el fin de poder reunir a los adolescentes que están en el proceso de fe que se propone en cada una de sus parroquias después de recibir el sacramento

de la confirmación o simplemente los que están viviendo la etapa de la adolescencia en los años en los que se cursa la enseñanza secundaria. Bajo el lema “atrapa tus sueños” se subrayaba el lema que en este curso tiene la pastoral juvenil diocesana. Por medio de una actividad por grupos y con una visión original de los sueños los participantes pudieron compartir, orar, convivir, cenar y bailar en una propuesta en la que participaron 120 adolescentes.

EJERCICIOS ESPIRITUALES

En el comienzo del adviento ha tenido lugar la convocatoria de ejercicios espirituales de este curso. En el monasterio cisterciense de las bernardas, seis jóvenes de Miranda, Aranda y de otros lugares de fuera de Burgos han vivido esta edición en un ambiente de silencio y siguiendo un itinerario de diferentes encuentros con la palabra de Dios. Desde el viernes día 25 y hasta la tarde del domingo día 27 han escuchado las reflexiones de una de las hermanas de la comunidad y el acompañamiento del delegado. Una experiencia en la que especialmente subrayan los participantes la necesidad de vivir una experiencia así desde el silencio y descubrir, en el propio proceso de fe, la acción de Dios cuando somos capaces de tener una oportunidad para dejar actuar a Dios en cada uno de nosotros.



IX Encuentro de Pastoral

I

LA DIÓCESIS CELEBRA SU IX ENCUENTRO DE PASTORAL

(12-11-2016)

En la mañana del sábado, día 12, comenzaba el IX Encuentro de Pastoral en Burgos, y que enmarcado en el Año de la Misericordia, contó con una gran afluencia en los diversos lugares de celebración.

Así, numerosas personas acudían a partir de las 10:30 horas a visitar los lugares de la capital donde la Iglesia pone en práctica la misericordia y las acciones del Plan Pastoral que va a estrenarse en la diócesis burgalesa. Lugares como el hospital de San Juan de Dios, el convento de las Madres Salesas, la Casa de la Iglesia, la Casa de Acogida de San Vicente Paúl, el albergue de Cáritas, el Centro de Orientación Familiar o Atalaya Intercultural han sido algunos de estos lugares.

Una vez concluidas estas visitas guiadas, los asistentes se dirigieron al salón de Caja Círculo de la calle Concepción, donde tuvo lugar un acto común en el que desde diversos puntos de la diócesis, se expusieron experiencias pastorales también relacionadas con el plan pastoral o con el Año de la Misericordia. Tras la proyección del vídeo elaborado en la diócesis con





motivo del día de la Iglesia diocesana, el arzobispo don Fidel Herráez Vegas intervenía para agradecer la asistencia de los presentes, y hacía un pequeño balance del año que está a punto de cumplir al frente de la Iglesia en Burgos, recordando que de las 1.003 parroquias de la provincia, ha visitado ya 60, «y tengo la intención de visitarlas todas», añadió. «Estoy muy contento con vosotros y para vosotros. En esta iglesia diocesana que formamos, somos pueblo de Dios en camino, lo hacemos para ayudarnos y servirnos los unos a los otros. Sabemos que hemos recibido un gran mensaje, y tenemos la necesidad de contarlo, de compartirlo», dijo en referencia al título del plan pastoral, «Discípulos misioneros». «Caminemos unidos entre nosotros, preocupándonos de que otros sean también muy felices» concluyó.

Experiencias de todos los rincones

Posteriormente intervino Juan Miguel Gutiérrez, párroco de Villarcayo, quien dio a conocer el centro juvenil que se ha abierto en esta localidad para que los jóvenes cuenten con alternativas de ocio sanas y un lugar donde reunirse. Una iniciativa que nació de ver cómo los chicos y chicas de zonas rurales caían de manera más acusada en el fracaso escolar, falta de motivación en los estudios y en el tiempo con la familia, en las adicciones o en el retraso educativo. Este centro ha supuesto una ayuda para las familias con menos posibilidades (ya que los chavales cuentan con un lugar donde además se les ayuda con las tareas), «ya que el ocio no puede ser un privilegio de quienes tienen más dinero», explicó. El centro atiende en la actualidad a 150 jóvenes.

A continuación, Hilda, delegada de migraciones, y Magdalena, una mujer de origen rumano, contaron su experiencia en los Encuentros de Naciones que organiza periódicamente la pastoral con inmigrantes en Aranda de Duero. Estos encuentros tratan de favorecer la unión y el conocimiento entre las diferentes culturas de la provincia, y a ellos acuden representantes de una media de 10 ó 15 países, como Cuba, Rumanía, Marruecos, República Dominicana, Colombia, etc. Aquí se reúnen personas de religiones diversas como son la católica, la ortodoxa o la musulmana,

y los participantes dan a conocer sus banderas, culturas, vestimentas y platos típicos. «Lo más llamativo es ver cómo, aunque hayamos nacido en distintos países, no somos diferentes», contaba Magdalena.

Desde el oeste de la diócesis llegaba otra experiencia de mano de dos laicos, Enedina y Carmelo, quienes dieron a conocer la exposición que, con motivo del Año de la Misericordia, se ha organizado en la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora en Melgar de Fernamental. Una completa muestra con un fin pedagógico y pastoral con la Misericordia como eje central.

La experiencia del este de la provincia llegaba de la mano de Juan Lucio, párroco de varios pueblos de la Sierra y que tiene como reto atender pastoralmente a pueblos que cuentan con una población escasa y dispersa. A pesar de ello, es «cuando la fe se fortalece, porque la participación en los eventos en verano tiene mucho de atracción por lo folclórico». Explicó cómo en algunos pueblos, ante la ausencia del párroco los domingos, los habitantes buscan reunirse en la iglesia para celebrar de alguna manera la Palabra, ya sean orando en comunidad o siguiendo el Evangelio del día. Un acto que, sin embargo, no sustituye a la eucaristía.

Llevando la misericordia a todas partes

Desde más lejos vino Ramón, un misionero burgalés que dio a conocer su labor en Togo, un país pobre, pero lleno de gente joven y fuerte, con una gran fe y un amor «acrecentado por esta nueva Iglesia». Tras él, llenaron el escenario los capellanes del centro penitenciario de Burgos, Fermín González y Jesús María Álvarez, junto con algunos voluntarios que colaboran con ellos. Belén, presidenta de la asociación Amanecer, contó su experiencia personal. Todos ellos destacaron tres ideas: que la Iglesia Universal entiende que la cárcel también es Iglesia y los presos hijos de Dios; que la sociedad debe entender que los presos deben participar en determinados actos para lograr su reinserción; y que los presos descubran que son mirados con ojos de misericordia y se les perdona.

El cierre a este acto lo puso José Fernández de Pinedo, párroco «in solidum» de San Pablo y anterior delegado de pastoral penitenciaria. Destacó que la misericordia es una sanación de la intimidad desde y en el amor: «Si no vivimos la misericordia, nada de lo que hacemos sirve para nada». «A la misericordia está todo vinculado: tu forma de entender la vida, tu relación con Dios, tu relación con tu familia. Sin ella, no disfrutamos de Dios. Por eso, necesita de la escucha profunda de la palabra de Dios, la celebración de la eucaristía y que el prójimo, sobre todo el más necesitado, sea la mejor representación de Dios».

Tras el compartir de estas experiencias, la jornada prosiguió con una comida de hermandad en el Seminario de San José y la misa de clausura del Año de la Misericordia.

II

EUCARISTÍA DE CLAUSURA DEL AÑO DE LA MISERICORDIA

La catedral de Burgos se quedó pequeña para acoger la solemne eucaristía con la que se dio por concluido en la diócesis el Año de la Misericordia. Tras el IX encuentro de pastoral, cientos de personas acudieron por la tarde a la seo para «dar gracias a Dios por el Año Santo recorrido, por el plan pastoral que tenemos delante y por el año litúrgico que estamos acabando y por el que vamos a iniciar», tal como recordó el arzobispo en su homilía.

Desde que se abriera la Puerta Santa del Perdón de la catedral el pasado mes de diciembre, la Iglesia burgalesa ha querido «concretar» «el amor transformador de Dios» a través de «hermanos nuestros que han sido la encarnación cercana y viva de su misericordia». Y es que, para el pastor de la diócesis, «el tiempo intermedio que vivimos hasta la venida plena del Señor» está marcado por una «esperanza activa» en la que hay que vivir la alegría de caminar unidos como Iglesia diocesana y haciendo presente la misericordia de Dios.



En efecto, ha reiterado el arzobispo, los cristianos han de intentar vivir la misericordia «antes y después del Año Jubilar», «compartiéndola entre nosotros» y adelantando así «lo que se nos dará al final del recorrido, el encuentro con la Plenitud, con el Amor, con el encuentro transformador de nuestras vidas». Así, «aunque Cristo no nos informa» de cuándo sucederá esto, «nos ayuda a prepararnos» durante este tiempo siendo «discípulos misioneros».

Acción de gracias

El canto del *Magnificat* fue el punto final de la celebración eucarística que comenzó con una sencilla procesión en la que representantes de los quince arciprestazgos portaron unos carteles con las obras de misericordia. Entre ellas, visitar y acompañar a los presos. De ahí que la colecta de la misa fuera destinada al programa de acompañamiento a presos en su proceso de inserción en diversas casas de acogida. Al concluir la celebración, los asistentes se llevaron como recuerdo una estampa con las obras de misericordia, con la que recordar vivirlas más allá del Año Jubilar que acaba de concluir en la diócesis.

NOTICIAS DE INTERÉS

I

La imagen del Cristo de Medinaceli recibe la bendición en Burgos

(28-11-2016)

Burgos cuenta ya con la imagen bendecida de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli, talla que fue recibida por numerosos fieles que desde ahora podrán venerarla en la Iglesia de Santa Dorotea.



II

El Consejo de Pastoral conoce la sociología de la provincia y la imagen pública de la diócesis

(26-11-2016)

Con la reunión de hoy, el Consejo de Pastoral ha tratado de descubrir cómo la sociedad y los medios de comunicación sienten y perciben a la Iglesia y su labor.



III

«Quo Vadis», la exposición que ayuda a los jóvenes a encontrar su vocación

(24-11-2016)

«Quo Vadis» es una exposición que busca orientar a los jóvenes a la hora de buscar su vocación. A través de imágenes, proyecciones y testimonios, dará a conocer tanto en parroquias como colegios las diferentes vocaciones y su poder de transformar el mundo.



IV

La luz de Manos Unidas iluminará Burgos

(23-11-2016)

El día 24 de noviembre, Manos Unidas celebró en Burgos su «evento de luz», una acción consistente en encender velar y recordar 24 razones por las que mejorar la vida de las personas más desfavorecidas del mundo, por tratarse de la campaña 24 horas – 24 días.



V

El Arzobispo saluda a los Reyes en su visita a la Conferencia Episcopal

(22-11-2016)

Don Felipe y Doña Leticia acudieron el día 22 a la sede de la Conferencia Episcopal con motivo del cincuenta aniversario de la institución. El rey elogió el impacto de la actividad caritativa y social de la Iglesia española en tiempos de crisis.



VI

Cáritas Burgos reclama dignidad y derechos para quienes viven en la calle

(22-11-2016)

Ante el día de las Personas Sin Hogar, reclamar mayor visibilidad para este colectivo, porque «si no te veo, no te reconozco». El año pasado, se beneficiaron en la provincia 1.700 personas de los diversos ámbitos de atención a personas en situación de sin hogar, de dificultad para permanecer en su vivienda o infravivienda.



VII

Miranda de Ebro «ilumina el mundo»

(21-11-2016)

El arciprestazgo se unió el pasado viernes a la iniciativa que promueve Manos Unidas en el parque Antonio Machado.

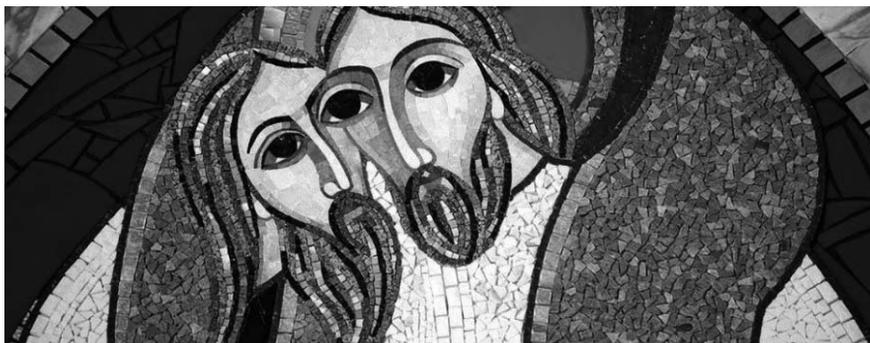


VIII

Aranda de Duero acoge la segunda sesión del Aula de Doctrina Social de la Iglesia

(21-11-2016)

Aranda de Duero acogió el día 21 la segunda sesión del Aula de Doctrina Social de la Iglesia, y que como en anteriores ocasiones, se organizó en dos grupos. Esta vez, se trató el tema «¿Misericordia o justicia?», como cierre al Año de la Misericordia.



IX

Una unión que busca difundir espiritualidad en el mundo de hoy

(19-11-2016)

El día 24 de noviembre se presentó en Burgos el nuevo grupo editorial Fonte, que nace tras la unión de varias provincias de los carmelitas y dos de sus editoriales más importantes. Una unificación que fortalece el objetivo de difundir espiritualidad y abrirse a las sensibilidades del mundo de hoy.



X

Los ecuatorianos de Burgos celebran a la Virgen del Quinche

(18-11-2016)

El día 19, los ecuatorianos residentes en Burgos homenajearon a la Virgen del Quinche, con una ceremonia que comenzó a las 12:00 horas en la parroquia de San Pablo Apóstol y que estuvo abierta a todos los burgaleses que quisieran participar.



XI

Arrancan las jornadas de divulgación de la Doctrina Social de la Iglesia

(18-11-2016)

En ellas se aborda el tema de la pobreza, la fractura que genera esta realidad a la hora de posibilitar la integración de las personas afectadas y la manera en que menoscaba su dignidad.



XII

La película «Luz de Soledad» llega a Burgos

(17-11-2016)

La cinta narra los inicios de las Siervas de María, una institución religiosa originada en Madrid en 1851 por inspiración del sacerdote Miguel Martínez y que Soledad Torres Acosta guió en su desarrollo y expansión.



XIII

Comienza una Semana Social para recordar a los jesuitas asesinados en El Salvador

(16-11-2016)

El Centro Ignacio Ellacuría y el Comité Oscar Romero de la Compañía de Jesús en Burgos organizan estos días multitud de actos para conmemorar el 27º aniversario de los mártires de la UCA: conferencias, coloquios, proyecciones, homenajes y eucaristías que recordarán el testimonio de Ignacio Ellacuría y sus compañeros, y reivindicarán la actualidad de su legado.



XIV

Un Círculo de Silencio para denunciar la situación en los Centros de Internamiento

(15-11-2016)

El Paseo de Sierra de Atapuerca acogió el día 14 por la tarde un nuevo Círculo de Silencio, en el que los participantes denunciaron la situación que viven los inmigrantes reclusos en los Centros de Internamiento de Extranjeros.



XV

El programa «Amanece» recibe 1.400 euros de la colecta de la misa de clausura del Año de la Misericordia

(15-11-2016)

La colecta se destinó íntegramente a este programa de acompañamiento a personas privadas de libertad en segundo grado y que promueven Cáritas Burgos y la delegación de Pastoral Penitenciaria.



XVI

El arciprestazgo de Miranda homenajea a sus mayores

(15-11-2016)

Es una actividad que realizan todos los años y que en esta ocasión ha contado con actuaciones lúdicas, musicales y poéticas.



XVII

Nuevo taller centrado en la catequesis dirigida a niños de 9 a 12 años

(14-11-2016)

El día 22 de noviembre, la delegación de catequesis organizó un taller destinado a ayudar a los catequistas a saber por dónde va la dimensión vocacional de niños y niñas de 9 a 12 años. Tuvo una duración de dos horas.



XVIII

Una fiesta del Reservado con sabor a misericordia

(13-11-2016)

Un año más, el Seminario de San José volvió a vivir la fiesta eucarística del Reservado, una celebración que recuerda la primera vez que el Santísimo Sacramento se «reservó» en el sagrario de su capilla, hace ahora 118 años. El arzobispo, don Fidel Herráez Vegas, que presidía por vez primera la celebración, aseguró sentirse «muy a gusto y muy contento» al vivir esta celebración tan entrañable para los seminaristas y para tantos sacerdotes y laicos que se han formado en las aulas del edificio del paso del Empecinado.

Los actos comenzaron a las 11:30 de la mañana con una eucaristía que fue presidida el pastor de la diócesis. Tras la misa, el Santísimo quedó expuesto en vela permanente hasta entrada la tarde, cuando tuvo lugar el canto de vísperas, que contó con la predicación del canónigo penitenciario, Micael Hellín. En su alocución, Hellín destacó que «la eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Jesucristo, manifestación plena de la misericordia de Dios».

La oración litúrgica dejó paso a la procesión con el Santísimo por los pasillos del centro de estudios hasta el monumento que habían preparado los seminaristas y desde donde se impartió la bendición. Con mimo y dedicación y tomando como referencia el cuadro de la Divina Misericordia, este año los moradores del Seminario elaboraron un sencillo altar que representaba el corazón de Dios que abraza la miseria de los hombres. Todo ello adornado con velas y alfombras que aludían al Año de la Misericordia recientemente concluido en la diócesis.

Fiesta eucarística

La del «Reservado» es una fiesta de gran tradición, típica de los Seminarios y casas de formación que los Sacerdotes Operarios Diocesanos





erigieron en su día. En el Seminario de Burgos se lleva celebrando 118 años. Fue en 1897 cuando el cardenal Fray Gregorio María Aguirre –entonces arzobispo de Burgos– y el beato Manuel Domingo y Sol fundaron el seminario de San José, poniéndose la primera piedra el 22 de abril de aquel año. En noviembre de 1898, una vez concluidas las obras, el centro formativo comenzó su actividad académica con normalidad y matrícula completa, inaugurando el curso con la celebración de la misa y la posterior reserva del Santísimo Sacramento en el sagrario de su capilla. Desde entonces, y año tras año, el segundo domingo de noviembre, el seminario se viste de gala para celebrar aquella primera reserva eucarística.

XIX

El programa Arropa de Cáritas prepara un desfile de prendas donadas en Miranda

(11-11-2016)

Arropa, el programa que forma parte de la empresa de inserción EM-BICO promovida por Cáritas Burgos, se ocupa del reciclado textil y su posterior venta con fines de inserción social. El día 12 de noviembre preparó un nuevo desfile en Miranda de Ebro con intención de dar visibilidad a sus productos y animar a los consumidores a decantarse por un modelo sostenible y ético en la compra de ropa.



XX

Comienzan los cursos de formación para voluntarios de Cáritas

(10-11-2016)

Los voluntarios que se han incorporado recientemente a Cáritas diocesana contarán estos días con cursos de formación básica que se desarrollarán en Miranda de Ebro, Burgos y Briviesca.



XXI

El arzobispo se reúne con miembros de la JOC en Burgos

(10-11-2016)

En el encuentro, los jóvenes militantes de este movimiento expusieron al pastor de la diócesis la realidad juvenil actual y cómo intentar dar respuesta a sus inquietudes «a la luz del evangelio y poniendo en el centro a la persona».



XXII

La diócesis de Burgos: «Una gran familia contigo»

(9-11-2016)

Gratitud y una llamada a continuar apoyando la labor de la Iglesia diocesana. Este es el mensaje que se ha transmitido en la presentación de las cifras de la diócesis de Burgos, donde se ha desgranado la actividad de la misma y las cantidades económicas destinadas a los diversos ámbitos de actuación.



XXIII

Broche final a un importante año de celebraciones

(8-11-2016)

2016 ha sido un año para recordar en los centros educativos de Santa María la Nueva y San José Artesano y San Pedro y San Felices, ya que ambos han cumplido su 50 aniversario. Un año de homenajes y eventos emotivos que han reunido a toda la comunidad educativa en torno a los colegios que tanto les han aportado.



XXIV

Cáritas reabre su espacio de mínima exigencia para personas sin hogar

(7-11-2016)

Se trata de una unidad que da cobijo a personas sin hogar durante las frías noches de invierno. El año pasado, Cáritas atendió a 17 personas con este programa, usuarios todos ellos en grave situación de exclusión de manera permanente. Durante el mes de noviembre, Cáritas pone en marcha su campaña de personas sin hogar.



XXV

Adolescentes a la conquista de sus sueños

(6-11-2016)

La parroquia de San Lesmes Abad acogió en la tarde del día 5 de noviembre la cuarta edición del «sábado alternativo». Ciento veinte adolescentes pasaron una tarde de convivencia y diversión descubriendo que no están solos en su itinerario de fe tras la confirmación.



XXVI

Jóvenes que testimonian su fe con los cinco sentidos

(5-11-2016)

El arco de Santa María se convirtió el día 4 de noviembre en un improvisado escenario donde varios jóvenes dieron testimonio público de su fe en un homenaje que quisieron hacer a los mártires Emilio, Donato, Germán y Zacarías, discípulos de Valentín Palencia, recientemente beatificados.



XXVII

Las jornadas de Doctrina Social de la Iglesia abordarán la pobreza y sus consecuencias

(4-11-2016)

En noviembre empezó el curso de Doctrina Social de la Iglesia, que contará con dos sesiones de presentación en la que se abordará el tema de la pobreza, la fractura que genera esta realidad a la hora de posibilitar la integración de las personas afectadas y la manera en que menoscaba su dignidad.



XXVIII

El equipo de pastoral de latinoamericanos celebra una misa por los difuntos

(4-11-2016)

Tras la misa tendrá lugar un gesto público recordando a los emigrantes y refugiados que mueren en las cosas de Europa, así como las víctimas de la violencia, la guerra, el hambre o las enfermedades.



XXIX

Orando por los fieles difuntos

(3-11-2016)

El arzobispo ha presidido el día 3 una misa funeral en sufragio por los obispos y sacerdotes difuntos de la diócesis. Días atrás hizo lo propio por todos los fieles difuntos, tanto en el cementerio de San José como en la catedral.



XXX

Los jóvenes de la diócesis pondrán en marcha sus «Cinco sentidos»

(3-11-2016)

El día 4, la delegación de Infancia y Juventud puso en marcha la iniciativa Cinco Sentidos, que busca dar relieve a la presencia de jóvenes que viven con alegría la fe y su pertenencia a la Iglesia. El acto se desarrolló en la puerta del Sarmental de la catedral y se recordó a Valentín Palencia y sus compañeros mártires.



XXXI

El plan «Discípulos Misioneros» y el Año de la Misericordia marcan la jornada de pastoral

(2-11-2016)

Un recorrido por los principales lugares donde la Iglesia en la ciudad realiza las obras de la misericordia fue uno de los platos fuertes de la jornada. También hubo tiempo para la reflexión, comida de hermandad y misa de clausura del año jubilar.



XXXII

El Señor de los Milagros de Perú celebró su día en Burgos

(31-11-2016)

Los peruanos de Burgos volvieron a celebrar la fiesta en honor del Señor de los Milagros, una fecha señalada que da lugar al «mes morado», tal y como se denomina al mes de octubre en Perú. La celebración contó con buena asistencia, que participaron en una procesión, eucaristía y aperitivo.



XXXIII

Burgos cuenta con dos nuevos beatos

(31-10-2016)

El día 2 de octubre, la catedral madrileña de la Almudena acogió la beatificación de los cuatro monjes de Silos residentes en el monasterio de Montserrat asesinados en el transcurso de la Guerra Civil. La ceremonia fue presidida por el cardenal Angelo Amato, prefecto de la congregación para las Causas de los Santos, y contó con la asistencia de varios obispos, estando entre ellos don Fidel Herráez.



XXXIV

Los miembros del Apostolado de la Oración celebran en Aranda su encuentro diocesano

(31-10-2016)

Un año más, los componentes del Apostolado de la Oración realizaron su encuentro diocesano, esta vez esta vez Aranda de Duero como localidad anfitriona. La jornada estuvo ocupada por actos como como una imposición de medallas, una procesión comida y una eucaristía.



XXXVI

«Enterrar a los muertos es la expresión de respeto y valoración de la persona»

(30-10-2016)

En este Año de la Misericordia que concluyó, el capellán de los tanatorios de Burgos, Ezequiel Rodríguez Miguel, explicó una de las obras de Misericordia que destaca en estas fechas: enterrar a los difuntos. Un acto que implica respeto y honrar al fallecido de la manera más digna posible



Conferencia Episcopal

I

DIRECCION EN INTERNET:
www.conferenciaepiscopal.es

II

NOMBRAMIENTO EPISCOPAL PARA TERUEL-ALBARRACÍN

El sacerdote Antonio Gómez Cantero, nuevo obispo de Teruel y Albarracín



La Santa Sede ha hecho público, a las 12.00 h. de hoy, jueves 17 de noviembre, que el papa Francisco ha nombrado al sacerdote Antonio Gómez Cantero obispo de Teruel y Albarracín. Así ha sido comunicado por la Nunciatura Apostólica a la Conferencia Episcopal Española (CEE). Antonio Gómez Cantero es en la actualidad vicario general de la diócesis de Palencia.

La diócesis de Teruel y Albarracín estaba vacante por el traslado de Mons. Carlos Manuel Escribano Subías a la diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño. Desde junio de 2016 está al frente de la diócesis, como administrador diocesano, el sacerdote Alfonso Belenguer Celma.

Antonio Gómez Cantero nació en Quijas (Cantabria) el 31 de mayo de 1956. Cursó estudios de bachillerato en el seminario menor de Carrión de los Condes y eclesiásticos en el seminario mayor de San José de Palencia. Fue ordenado sacerdote el 17 de mayo de 1981. Obtuvo la licenciatura en Teología Sistemática-Bíblica en el Instituto Católico de París, en 1995.

Su ministerio sacerdotal lo ha desarrollado en la diócesis de Palencia, donde ha desempeñado distintos cargos pastorales: en 1982 fue nombrado vicario parroquial de San Lázaro y vocal del Consejo Presbiteral por consiliarios; además de consiliario diocesano del Movimiento Junior A.C. y coordinador de consiliarios de Castilla y León. En 1983 fue nombrado delegado diocesano de Pastoral Juvenil y Vocacional; en 1984, párroco solidario de San Lázaro; en 1985, formador del seminario mayor de Palencia; en 1986, delegado para el acompañamiento vocacional para el presbiterado; en 1990, delegado de Pastoral Juvenil-Vocacional y miembro del Consejo de Consultores; en 1992, consiliario internacional del MIDADEN (Acción Católica de Niños) en París, cargo que ocupó hasta 1995; en 1995, vice-rector y profesor del seminario menor; en 1996, rector del seminario menor y delegado diocesano de Pastoral de Vocaciones; en 1998, rector del seminario mayor, en el que permaneció hasta 2004; en el 2000, profesor extraordinario del Instituto Teológico del seminario mayor de Palencia y miembro del consejo de consultores; en 2001, administrador del seminario mayor y de la casa sacerdotal, y desde 2008 miembro del Colegio de Consultores.

Desde el año 2004 es párroco de San Lázaro de Palencia y desde 2008 el vicario general y moderador de curia. Del 8 de mayo de 2015 hasta el 18 de junio de 2016 fue el administrador diocesano de Palencia.

III

CONVOCADOS A LA ESPERANZA

(Resumen del discurso de apertura del cardenal Blázquez, Pte. de la Conferencia Episcopal Española, en la sesión de apertura de la CVIII Asamblea Plenaria)

El cardenal Ricardo Blázquez comienza felicitando al nuevo cardenal Carlos Osoro, arzobispo de Madrid, y a los nuevos obispos que se incorporan desde la última Asamblea Plenaria (Palencia y auxiliar de Valencia), así como a los nombrados obispos que todavía no han sido ordenados (Menorca y Teruel y Albarracín) y agradeciendo el trabajo de las personas que trabajan en la Conferencia Episcopal y de los medios de comunicación.

El discurso señala tres momentos importantes que la Conferencia Episcopal junto con la Iglesia universal ha estado viviendo en estos últimos meses.

En primer lugar el Año de la Misericordia, clausurado ayer por el Papa Francisco en Roma: “La Puerta Santa del Año Jubilar se cierra, pero la

puerta de la misericordia sigue abierta. El Año de Gracia inaugurado por nuestro Señor Jesucristo es un 'hoy' permanente”.

En segundo lugar la celebración del cincuenta aniversario de la Conferencia Episcopal Española: “Estoy convencido de que el servicio prestado a la Iglesia en España y también a la sociedad española ha sido considerable”. A continuación el cardenal realiza un recorrido por los hitos de este año conmemorativo: la publicación de los documentos de la Conferencia Episcopal Española; la celebración en junio, en la Universidad Pontificia de Salamanca del Congreso-Simposio sobre «Conferencias episcopales: Orígenes, presente y perspectivas. A los cincuenta años de la creación de la Conferencia Episcopal Española»; la visita del cardenal secretario de Estado, Pietro Parolin, en el marco del Simposio-Homenaje al beato Pablo VI, organizado por la Conferencia Episcopal y la Fundación Pablo VI. En este sentido, el cardenal Blázquez recuerda y agradece en su discurso el papel del Papa Pablo VI al impulsar un estilo realmente conciliar durante el Vaticano II que no buscó discutir algunos puntos importantes de la doctrina de la Iglesia, “sino buscar conciliarmente cómo, en la coyuntura actual de la humanidad, anunciar el Evangelio”. Por otra parte, señala, el pontificado del papa Pablo VI coincidió en España con los últimos años del régimen político anterior, “Fueron años difíciles para el papa y el nuncio, para la Conferencia Episcopal y la Iglesia, para el gobierno y la sociedad en general. En las relaciones entre la Iglesia y el Estado se pasó en pocos años de una convivencia quizá demasiado estrecha a una desavenencia clamorosa. Católicos de toda la vida en poco tiempo se sintieron incomprendidos y desplazados”.

En tercer lugar, también dentro del marco del cincuentenario que se está celebrando, el cardenal Blázquez señala el honor de la Asamblea Plenaria de recibir a Sus Majestades los Reyes de España, “motivo de gran alegría y signo elocuente de la normalidad de la inserción de la religión católica en la sociedad española y en su marco constitucional”. El presidente de la Conferencia expresa en el discurso “de manera solemne, nuestro compromiso de seguir al servicio de nuestro pueblo, de innegable tradición cristiana, mediante la misión eclesial que tenemos encomendada”.

En otro orden de cosas, el presidente de la CEE señala un horizonte de esperanza al que desea convocar a la sociedad española. Ese camino de esperanza necesita unas condiciones que el cardenal Blázquez precisa:

- El recuerdo agradecido del pasado, del que muchas cosas nos debemos sentir orgullosos.
- En la situación actual, se ha de realizar una purificación profunda de actitudes y un cambio de conducta moral, de manera especial a causa de la corrupción. “La corrupción con tantas personas implicadas y diversos focos de contaminación ha degradado el servicio público”.

- Abandonar la incomunicación y caminar unidos, en actitud de diálogo que es compartir una historia, tener planteados los problemas comunes y buscar la respuesta sobre la base de las leyes fundamentales para la convivencia: “Que cedan los partidismos en favor del bien común, de lo que a todos nos afecta y nos puede beneficiar”.

Para conseguir todo ello el cardenal Blázquez señala la necesidad de recurrir a Dios: “La regeneración moral, la concordia entre las personas, el trabajo conjunto de los grupos sociales, la renovación diaria de la esperanza tienen en Dios el cimiento más eficaz. No bastan los resortes de una sociedad moderna para vivir éticamente, si no obedecemos a la conciencia moral bien formada. Dios y el hombre no son competitivos”.

El plan pastoral vigente señala para este año próximo la reflexión sobre los agentes eclesiales. En esta Plenaria se avanzará la reflexión sobre la situación del clero en España, con la problemática del aumento de la edad media de los sacerdotes y la disminución de las vocaciones. A ello se une también en esta Asamblea, el estudio de la situación de la vida contemplativa en España en lo que se refiere tanto a cooperar en su promoción vocacional, como también en asegurarle la necesaria ayuda material. Asimismo se hará una revisión del papel del laicado en el marco de la familia y de la recepción de la exhortación *Amoris Laetitia*.

IV

VISITA DE LOS REYES A LA CONFERENCIA EPISCOPAL

1. SALUDO DEL CARDENAL D. RICARDO BLÁZQUEZ PÉREZ

Majestades:

En nombre de la Conferencia Episcopal Española y de sus colaboradores les saludo con respeto y afecto.

Su presencia entre nosotros nos ofrece la oportunidad de manifestar nuestra condición de leales ciudadanos y la convicción de que nuestra misión pastoral como obispos, si es adecuadamente cumplida, significa también un auténtico servicio a nuestra sociedad. Las actividades de la predicación, del culto y de la catequesis; la exposición de la doctrina cristiana; los diversos servicios de carácter cultural y educativo, caritativo y social de la Iglesia constituyen una aportación importante a los ciudadanos.

Cáritas, presente capilarmente en todo el tejido parroquial de la Iglesia, cuya ayuda es motivo de esperanza para personas y familias en situaciones de indigencia y particularmente en tiempo de crisis; *Manos Unidas*,



organización creada por las mujeres de Acción Católica hace bastantes decenios, que anima la conciencia social entre nosotros y contribuye eficazmente al servicio de los necesitados y a la promoción de la mujer en innumerables lugares del mundo; las *Misiones*, con más de trece mil misioneros, que cumpliendo su vocación de transmitir el Evangelio con palabras y obras desarrollan una colaboración extraordinaria en muchos países... estas instituciones de la Iglesia canalizan al servicio de los demás los recursos económicos puestos a su disposición por la generosidad de nuestro pueblo. Estas organizaciones y otras muchas muestran cómo la fe cristiana repercute en beneficio de muchas personas de cerca y de lejos. En cuanto Conferencia Episcopal nos sentimos satisfechos de esta múltiple irradiación de la fe cristiana y de la generosidad de los fieles. La memoria de lo que venimos haciendo nos estimula a proseguir en el cumplimiento de nuestro quehacer.

Celebramos este año los cincuenta de la creación de la Conferencia Episcopal Española, que tuvo lugar a finales de febrero y comienzos de marzo de 1966, inmediatamente después de la clausura del Concilio Vaticano II. La creación de las Conferencias Episcopales fue una decisión conciliar de largo alcance. Nuestra experiencia como Obispos avala el acierto de aquella determinación. Las intervenciones de la Conferencia Episcopal, publicadas íntegramente con ocasión de estas efemérides, muestran la atención constante de los Obispos a las necesidades de la Iglesia; en nuestra consideración entra también la vida de la sociedad desde el punto de vista de nuestro ministerio pastoral. Nuestros escritos van dirigidos inmediatamente a los fieles católicos, y también son destinatarios cuantos deseen escucharnos.

Los diez primeros años de la Conferencia Episcopal coincidieron con los últimos del Régimen anterior. Las orientaciones del Concilio ayudaron eficazmente a los obispos de entonces a adoptar las actitudes y a tomar las decisiones en coherencia con el espíritu y los documentos del Concilio. En aquella situación histórica con los cambios de envergadura que comportaba, estamos persuadidos de que la Iglesia prestó una colaboración relevante a nuestro pueblo. La Constitución Española, además de tener en cuenta la Declaración Universal de los Derechos Humanos, está en sintonía con la Declaración del Vaticano II sobre la Libertad Religiosa.

Los diez primeros años de la Conferencia Episcopal coincidieron con los últimos del Régimen anterior. Las orientaciones del Concilio ayudaron eficazmente a los obispos de entonces a adoptar las actitudes y a tomar las decisiones en coherencia con el espíritu y los documentos del Concilio. En aquella situación histórica con los cambios de envergadura que comportaba, estamos persuadidos de que la Iglesia prestó una colaboración relevante a nuestro pueblo. La Constitución Española, además de tener en cuenta la Declaración Universal de los Derechos Humanos, está en sintonía con la Declaración del Vaticano II sobre la Libertad Religiosa.

Las siguientes palabras de la mencionada Declaración conciliar son pauta de nuestra conducta en la sociedad: “Este Sínodo Vaticano declara que la persona humana tiene derecho a la libertad religiosa. Esta libertad consiste en que todos los hombres deben estar libres de coacción, tanto por parte de personas particulares como de los grupos sociales y de cualquier poder humano, de modo que, en materia religiosa, ni se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella, pública o privadamente, solo o asociado con otros, dentro de los debidos límites” (*Dignitatis humanae*, 2). Nos sentimos reconocidos en el marco de nuestra Constitución, que se inspira en las palabras también conciliares “mutua independencia y sana colaboración”. El respeto de las legítimas libertades propicia nuestro servicio a la sociedad, según la identidad de la Iglesia.

La Conferencia Episcopal nos ofrece el ámbito para dialogar y “conferir” los obispos sobre la complejidad de lo que acontece en nuestro mundo en continuo cambio y sobre la respuesta que debemos adoptar, teniendo en cuenta el debido respeto a cada obispo en su diócesis y la unidad de todos los obispos con el Papa. En los diálogos en nuestra Conferencia cada uno de nosotros interviene con libertad y escucha con respeto en orden a comprender lo que acontece, discernir las cuestiones implicadas y tomar las decisiones oportunas en el cumplimiento de nuestra responsabilidad pastoral.

Majestades, son bienvenidos a la Conferencia Episcopal Española. Ante Uds. en esta situación excepcional, (en otra semejante el día 21 de noviembre de 2001 tuvimos la oportunidad de recibir a los Reyes D. Juan Carlos y Dña. Sofía), deseamos, al hacer memoria de nuestra historia, manifestar nuestro compromiso de cumplir con fidelidad nuestra misión que incluye también el servicio a nuestro pueblo. Pedimos a Dios que bendiga a la Familia Real. ¡Muchas gracias!

2. PALABRAS DE SU MAJESTAD EL REY EN LA VISITA A LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

A la Reina y a mí nos alegra poder visitar la sede de la Conferencia Episcopal Española y celebrar hoy con todos vosotros el 50º aniversario de esta institución canónica de carácter permanente. Se constituyó así en 1966 pero, ya desde tiempo antes, empezó a ser alumbrada por los obispos españoles bajo el impulso del Cardenal Plá y Deniel. Ha transcurrido, por tanto, más de medio siglo desde que, como consecuencia del Concilio Vaticano II, se estableció la necesidad de creación de esta institución y de que nuestra Conferencia Episcopal comenzase su andadura.

El transcurso de todo este tiempo nos ha mostrado que la Conferencia Episcopal, además de organizar y dirigir la vida interna de la Iglesia

española, ha acompañado la vida de nuestro país. Un tiempo en el que España pasó de ser un Estado confesionalmente católico a declarar constitucionalmente su aconfesionalidad.

En todo este proceso la Conferencia Episcopal demostró su pleno reconocimiento de la independencia de la Iglesia de la comunidad política, así como de la necesaria cooperación entre ambas para lograr la mayor eficacia en la consecución de sus fines comunes al servicio de la vocación social y personal del ser humano.



Las relaciones de cooperación entre el Estado y la Iglesia católica durante este tiempo, recogidos en los Acuerdos con la Santa Sede, permitieron dibujar un modelo de relaciones entre el Estado y las confesiones religiosas en las que el principio de cooperación se convirtió en piedra angular sobre la que descansa el ejercicio al derecho fundamental de libertad religiosa; un modelo sancionado constitucionalmente en el artículo 16.

El trabajo realizado por la Conferencia Episcopal durante todos estos años no se circunscribe al ámbito de las relaciones institucionales con el Estado.

Aunque su función primordial ha estado dedicada a responder a las necesidades internas de la propia Iglesia en nuestro país, su actividad ha trascendido la pastoral, educativa o cultural y hoy hemos de reconocer el gran impacto que en nuestra sociedad tiene su actividad caritativa y asistencial.

Desde sus inicios, la vocación de servicio y ayuda a la sociedad española ha sido una constante a lo largo del tiempo, pero es en los momentos de crisis cuando dicha presencia se ha hecho más visible. Estos últimos años, nuestro país, dentro de un contexto de crisis económica mundial, ha sufrido grandes dificultades y la Iglesia católica, mediante el trabajo de coordinación y dirección de la Conferencia Episcopal y sus Comisiones Episcopales, ha aumentado en más de un 70% los centros sociales o asistenciales donde se hace presente una actividad asistencial que también ha aumentado en más de un 15%. De esta forma, la Iglesia sigue estando al lado de los enfermos, los excluidos, los inmigrantes y todos aquellos otros colectivos más vulnerables.

La labor de instituciones como Cáritas o Manos Unidas, los centros sanitarios; o los dedicados a la formación y cultura; los centros para promover el trabajo o para mitigar la pobreza; los de atención a inmigrantes o de rehabilitación de drogodependientes; los de tutela de la infancia o los de promoción de la mujer y las víctimas de la violencia... En definitiva, todas las organizaciones eclesiales de acción social y caritativa han conseguido que más de cuatro millones de personas que residen en nuestro país y fuera de nuestras fronteras hayan podido beneficiarse de su labor y de los proyectos que desarrollan.

Y ha sido posible gracias a la labor de sus trabajadores y de los miles de voluntarios que desinteresadamente han querido ser solidarios y acompañar a los más desfavorecidos en la lucha por superar esa difícil situación en la que se encuentran.

Los españoles debemos reconocer y agradecer a la Iglesia la intensa labor asistencial que desarrolla, el ejercicio de solidaridad que realiza y proyecta y que contribuye también la cohesión de una sociedad que, más allá de las creencias de individuos o grupos, ha de tender a vivir en paz procurando eliminar aquellas desigualdades que generan exclusión.

La Conferencia Episcopal, instrumento del espíritu colegial de los obispos españoles, ha defendido su independencia del poder civil y el derecho a la libertad religiosa de todos los individuos. Y desde el diálogo con los poderes públicos ha cumplido con el principio de cooperación reconocido constitucionalmente y que se ha convertido en herramienta imprescindible para hacer real y efectivo el derecho fundamental de libertad religiosa. Un derecho que entronca directamente con el concepto de dignidad humana, piedra angular sobre la que descansan los derechos fundamentales.

Todo ello nos invita a mirar al futuro con esperanza pues nos muestra una institución que nunca ha renunciado al diálogo con una sociedad y unos poderes públicos que reconocen la riqueza del pluralismo y el papel que la Iglesia católica ha tenido en la consolidación y el reconocimiento del mismo. Muchas gracias.

Santo Padre



I

**DIRECCION EN INTERNET:
w2.vatican.va**

II

HOMILÍA EN EL JUBILEO DE LOS PRESOS

(Basílica Vaticana, 6-11-2016)

El mensaje que la Palabra de Dios quiere comunicarnos hoy es ciertamente de *esperanza*, de esa esperanza que no defrauda.

Uno de los siete hermanos condenados a muerte por el rey Antíoco Epífanes dice: «Dios mismo nos resucitará» (2M7,14). Estas palabras manifiestan la fe de aquellos mártires que, no obstante los sufrimientos y las torturas, tienen la fuerza para mirar más allá. Una fe que, mientras reconoce en Dios la fuente de la esperanza, muestra el deseo de alcanzar una vida nueva.

Del mismo modo, en el Evangelio, hemos escuchado cómo Jesús con una respuesta sencilla pero perfecta elimina toda la casuística banal que los saduceos le habían presentado. Su expresión: «No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos» (Lc 20,38), revela el verdadero rostro del Padre, que desea sólo la vida de todos sus hijos. La esperanza de renacer a una vida nueva, por tanto, es lo que estamos llamados a asumir para ser fieles a la enseñanza de Jesús.

La esperanza es don de Dios. Debemos pedirla. Está ubicada en lo más profundo del corazón de cada persona para que pueda iluminar con

su luz el presente, muchas veces turbado y ofuscado por tantas situaciones que conllevan tristeza y dolor. Tenemos necesidad de fortalecer cada vez más las raíces de nuestra esperanza, para que puedan dar fruto. En primer lugar, la certeza de la presencia y de la compasión de Dios, no obstante el mal que hemos cometido. No existe lugar en nuestro corazón que no pueda ser alcanzado por el amor de Dios. Donde hay una persona que se ha equivocado, allí se hace presente con más fuerza la misericordia del Padre, para suscitar arrepentimiento, perdón, reconciliación, paz.

Hoy celebramos el Jubileo de la Misericordia para vosotros y con vosotros, hermanos y hermanas reclusos. Y es con esta expresión de amor de Dios, la misericordia, que sentimos la necesidad de confrontarnos. Ciertamente, la falta de respeto por la ley conlleva la condena, y la privación de libertad es la forma más dura de descontar una pena, porque toca la persona en su núcleo más íntimo. Y todavía así, la esperanza no puede perderse. Una cosa es lo que merecemos por el mal que hicimos, y otra cosa distinta es el «respiro» de la esperanza, que no puede sofocarla nada ni nadie. Nuestro corazón siempre espera el bien; se lo debemos a la misericordia con la que Dios nos sale al encuentro sin abandonarnos jamás (cf. san Agustín, *Sermo* 254,1).

En la carta a los Romanos, el apóstol Pablo habla de Dios como del «Dios de la esperanza» (*Rm* 15,13). Es como si nos quisiera decir también a nosotros que también Dios espera; y por paradójico que pueda parecer, es así: *Dios espera*. Su misericordia no lo deja tranquilo. Es como el Padre de la parábola, que *espera siempre* el regreso del hijo que se ha equivocado (cf. *Lc* 15,11-32). No existe tregua ni reposo para Dios hasta que no ha encontrado la oveja descarriada (cf. *Lc* 15,5). Por tanto, si Dios espera, entonces la esperanza no se le puede quitar a nadie, porque es la *fuerza* para seguir adelante; la *tensión* hacia el futuro para transformar la vida; el *estímulo* para el mañana, de modo que el amor con el que, a pesar de todo, nos ama, pueda ser un nuevo camino... En definitiva, la esperanza es la prueba interior de la fuerza de la misericordia de Dios, que nos pide mirar hacia adelante y vencer la atracción hacia el mal y el pecado con la fe y la confianza en él.

Queridos reclusos, es el día de vuestro Jubileo. Que hoy, ante el Señor, vuestra esperanza se encienda. El Jubileo, por su misma naturaleza, lleva consigo el anuncio de la liberación (cf. *Lv* 25,39-46). No depende de mí poderla conceder, pero suscitar el deseo de la *verdadera* libertad en cada uno de vosotros es una tarea a la que la Iglesia no puede renunciar. A veces, una cierta hipocresía lleva a ver sólo en vosotros personas que se han equivocado, para las que el único camino es la cárcel. Os digo: cada vez que entro en una cárcel, me pregunto: «¿Por qué ellos y no yo?». Todos tenemos la posibilidad de equivocarnos: todos. De una manera u

otra, nos hemos equivocado. Y la hipocresía hace que no se piense en la posibilidad de cambiar de vida, hay poca confianza en la rehabilitación, en la reinserción en la sociedad. Pero de este modo se olvida que todos somos pecadores y, muchas veces, somos prisioneros sin darnos cuenta. Cuando se permanece encerrados en los propios prejuicios, o se es esclavo de los ídolos de un falso bienestar, cuando uno se mueve dentro de esquemas ideológicos o absolutiza leyes de mercado que aplastan a las personas, en realidad no se hace otra cosa que estar entre las estrechas paredes de la celda del individualismo y de la autosuficiencia, privados de la verdad que genera la libertad. Y señalar con el dedo a quien se ha equivocado no puede ser una excusa para esconder las propias contradicciones.

Sabemos que ante Dios nadie puede considerarse justo (cf. *Rm* 2,1-11). Pero nadie puede vivir sin la certeza de encontrar el perdón. El ladrón arrepentido, crucificado junto a Jesús, lo ha acompañado en el paraíso (cf. *Lc* 23,43). Ninguno de vosotros, por tanto, se encierre en el pasado. La historia pasada, aunque lo quisiéramos, no puede ser escrita de nuevo. Pero la historia que inicia hoy, y que mira al futuro, está todavía sin escribir, con la gracia de Dios y con vuestra responsabilidad personal. Aprendiendo de los errores del pasado, se puede abrir un nuevo capítulo de la vida. No caigamos en la tentación de pensar que no podemos ser perdonados. Ante cualquier cosa, pequeña o grande, que nos reproche el corazón, sólo debemos poner nuestra confianza en su misericordia, pues «Dios es mayor que nuestro corazón» (*1Jn* 3,20).

La fe, incluso si es pequeña como un grano de mostaza, es capaz de mover montañas (cf. *Mt* 17,20). Cuantas veces la fuerza de la fe ha permitido pronunciar la palabra *perdón* en condiciones humanamente imposibles. Personas que han padecido violencias o abusos en sí mismas o en sus seres queridos o en sus bienes. Sólo la fuerza de Dios, la misericordia, puede curar ciertas heridas. Y donde se responde a la violencia con el perdón, allí también el amor que derrota toda forma de mal puede conquistar el corazón de quien se ha equivocado. Y así, entre las víctimas y entre los culpables, Dios suscita auténticos testimonios y obreros de la misericordia.

Hoy veneramos a la Virgen María en esta imagen que la representa como una Madre que tiene en sus brazos a Jesús con una cadena rota, las cadenas de la esclavitud y de la prisión. Que ella dirija a cada uno de vosotros su mirada materna, haga surgir de vuestro corazón la fuerza de la esperanza para vivir una vida nueva y digna en plena libertad y en el servicio del prójimo.

III

DISCURSO EN EL JUBILEO DE LAS PERSONAS EXCLUIDAS SOCIALMENTE

(Aula Pablo VI, 11-11-2016)

Gracias a Christian y a Roberto, y gracias a todos ustedes por venir aquí, por encontrarse, por encontrarme, por rezar por mí y, como dijo el Cardenal [Barbarin], también que sus manos sobre mi cabeza me den fuerza para seguir con mi misión en la oración de la imposición de las manos. ¡Muchas gracias!

Yo fui tomando nota de algunas palabras de los dos testimonios y, después, también de los gestos después de haberlos dado. Una cosa que Roberto decía es que, como seres humanos, nosotros no nos diferenciamos de los grandes del mundo, tenemos nuestras pasiones y nuestros sueños que tratamos de llevar adelante con pequeños pasos. La pasión y el sueño, dos palabras que pueden ayudar. La pasión que, a veces, nos hace sufrir, nos pone trabas internas, externas, la pasión de la enfermedad, las miles pasiones, pero también el apasionamiento por salir adelante, la buena pasión, y esa buena pasión nos lleva a soñar. Para mí un hombre o una mujer muy pobre, pero de una pobreza distinta a la de ustedes, es cuando ese hombre o esa mujer pierde la capacidad de soñar, pierde la capacidad de llevar una pasión adelante. ¡No dejen de soñar! El sueño de un pobre, de uno que no tiene techo, ¿cómo será? No sé, pero sueñen. Y sueñen que un día podrían venir a Roma, y el sueño se realizó. Sueñen que el mundo se puede cambiar, y esa es una siembra que nace del corazón de ustedes. Recordaba uno de los que habló al principio, Etienne Billemaine, una palabra mía, que yo uso mucho, que la pobreza está en el corazón del Evangelio. Solo aquel que siente que le falta algo mira arriba y sueña, el que tiene todo no puede soñar. La gente, los sencillos, seguían a Jesús, porque soñaban que él los iba a curar, los iba a librar, les iba a hacer bien, y lo seguían y él los liberaba. Hombres y mujeres con pasiones y sueños. Y esto es lo primero que les quería decir: enséñennos a todos los que tenemos techo, porque no nos falta la comida o la medicina, enséñennos a no estar satisfechos. Con sus sueños, enséñennos a soñar desde el Evangelio, donde están ustedes, desde el corazón del Evangelio.

Una segunda palabra —que no fue dicha sino que estaba en la actitud de los que hablaron y en la de ustedes, y que a mí me vino al corazón—, cuando Robert dijo en su lengua: «*Et la vie devient si belle!*». ¿Qué significa? Que la vida se nos hace hermosa, somos capaces de encontrarla bella en las peores situaciones, en las que ustedes viven. Eso significa dignidad, esa es la palabra que me vino. Capacidad de encontrar belleza, aun en las

cosas más tristes y más sufridas, solamente lo puede hacer un hombre o una mujer que tiene dignidad. Pobre sí, arrastrado no, eso es dignidad. La misma dignidad que tuvo Jesús, que nació pobre, que vivió pobre, la misma dignidad que tiene la Palabra del Evangelio, la misma dignidad que tiene un hombre o una mujer que viven con su trabajo. Pobre sí, dominado no, explotado no. Yo sé que muchas veces ustedes se habrán encontrado con gente que quiso explotar vuestra pobreza, que quiso usufructuar de ella, pero sé también que este sentimiento de ver que la vida es bella, este sentimiento, esta dignidad los ha salvado de ser esclavos. Pobre sí, esclavo no. La pobreza está en el corazón del Evangelio para ser vivida. La esclavitud no está para ser vivida en el Evangelio sino para ser liberada.

Yo sé que para cada uno de ustedes –lo decía Robert– la vida a veces, muchas veces, se hace muy difícil. Él había dicho en su lengua: «*La vie a été beaucoup plus difficile que pour moi, pour beaucoup des autres*». Para muchos de los otros, vemos que la vida ha sido más difícil que para mí mismo, siempre vamos a encontrar más pobres que nosotros. Y eso también lo da la dignidad, saber ser solidario, saber ayudarse, saber dar la mano a quien está sufriendo más que yo. La capacidad de ser solidario es uno de los frutos que nos da la pobreza. Cuando hay mucha riqueza uno se olvida de ser solidario porque está acostumbrado a que no le falte nada. Cuando la pobreza te lleva a veces a sufrir te hace solidario y te hace extender la mano al que está pasando una situación más difícil que vos. Gracias por ese ejemplo que ustedes dan. Enseñen, enseñen solidaridad al mundo.

Me impresionó la insistencia del testimonio de Christian en la palabra paz. Una frase que habla de su paz interior: «*J'ai trouvé la paix du Christ que j'ai cherché*» –la primera vez que la nombra–. Después habla de la paz y la alegría que siente, que sintió cuando empezó a formar parte de la coral de Nantes. Y al final, me hace un llamado a mí. Me dice: «*Vous qui connaissez le problème de la paix dans le monde, je vous demande de continuer votre action en faveur de la paix*». La pobreza más grande es la guerra, es la pobreza que destruye, y escuchar esto de los labios de un hombre que ha sufrido pobreza material, pobreza de salud, es un llamado a trabajar por la paz. La paz que para nosotros los cristianos empezó en un establo de una familia marginada, la paz que Dios quiere para cada uno de sus hijos. Y ustedes, desde vuestra pobreza, desde vuestra situación, son, pueden ser artífices de paz. Las guerras se hacen entre ricos para tener más, para poseer más territorio, más poder, más dinero. Es muy triste cuando la guerra llega a hacerse entre los pobres, porque es una cosa rara, los pobres son desde su misma pobreza más proclives a ser artesanos de la paz. ¡Hagan paz! ¡Creen paz! ¡Den ejemplo de paz! Necesitamos paz en el mundo. Necesitamos paz en la Iglesia, todas las Iglesias necesitan paz, todas las religiones necesitan crecer en la paz, porque todas las religiones son mensajeras de paz, pero deben crecer en la paz. Ayuden cada una de

ustedes en su propia religión. Esa paz que viene desde el sufrimiento, desde el corazón, buscando esa armonía que te da la dignidad.

Yo les agradezco que hayan venido a visitarme. Les agradezco los testimonios, y les pido perdón si alguna vez los ofendí por mi palabra o por no haber dicho las cosas que debía decir. Les pido perdón en nombre de los cristianos que no leen el Evangelio encontrando la pobreza en el centro. Les pido perdón por todas las veces que los cristianos delante de una persona pobre o de una situación pobre, miramos para otro lado. Perdón. El perdón de ustedes hacia hombres y mujeres de Iglesia, que no los quieren mirar o no los quisieron mirar, es agua bendita para nosotros, es limpieza para nosotros, es ayudarnos a volver a creer que en el corazón del Evangelio está la pobreza como gran mensaje; y que nosotros, los católicos, los cristianos, todos, tenemos que formar una Iglesia pobre para los pobres, y que todo hombre o mujer de cualquier religión tiene que ver en cada pobre el mensaje de Dios que se acerca y se hace pobre para acompañarnos en la vida.

Que Dios los bendiga a cada uno de ustedes, y es la oración que yo quiero hacer para ustedes, ahora. Ustedes quédense sentados como están, yo voy a hacer la oración.

Dios, Padre de todos nosotros, de cada uno de tus hijos, te pido que nos des fortaleza, que nos des alegría, que nos enseñes a soñar para mirar adelante, que nos enseñes a ser solidarios porque somos hermanos, y que nos ayudes a defender nuestra dignidad, tú eres el Padre de cada uno de nosotros. Bendícenos, Padre. Amén.

IV

HOMILÍA EN EL JUBILEO DE LAS PERSONAS SOCIALMENTE EXCLUIDAS

(Basilica Vaticana, 13-11-2016)

«Os iluminará un sol de justicia que lleva la salud en las alas» (Ml 3,20). Las palabras del profeta Malaquías, que hemos escuchado en la primera lectura, iluminan la celebración de esta jornada jubilar. Se encuentran en la última página del último profeta del Antiguo Testamento y están dirigidas a aquellos que confían en el Señor, que ponen su esperanza en él, que ponen nuevamente su esperanza en él, eligiéndolo como el bien más alto de sus vidas y negándose a vivir sólo para sí mismos y sus intereses personales. Para ellos, pobres de sí mismos pero ricos de Dios, amanecerá el sol de su justicia: ellos son los pobres en el espíritu, a los que Jesús promete

el reino de los cielos (cf. *Mt* 5,3), y Dios, por medio del profeta Malaquías, llama mi «propiedad personal» (*Ml* 3,17). El profeta los contrapone a los arrogantes, a los que han puesto la seguridad de su vida en su autosuficiencia y en los bienes del mundo. La lectura de esta última página del Antiguo Testamento suscita preguntas que nos interrogan sobre el significado último de la vida: ¿En dónde pongo yo mi seguridad? ¿En el Señor o en otras seguridades que no le gustan a Dios? ¿Hacia dónde se dirige mi vida, hacia dónde está orientado mi corazón? ¿Hacia el Señor de la vida o hacia las cosas que pasan y no llenan?

Preguntas similares se encuentran en el pasaje del Evangelio de hoy. Jesús está en Jerusalén para escribir la última y más importante página de su vida terrena: su muerte y resurrección. Está cerca del templo, «adornado de bellas piedras y ofrendas votivas» (*Lc* 21,5). La gente estaba hablando de la belleza exterior del templo, cuando Jesús dice: «Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra» (v. 6). Añade que habrá conflictos, hambre, convulsión en la tierra y en el cielo. Jesús no nos quiere asustar, sino advertirnos de que todo lo que vemos pasa inexorablemente. Incluso los reinos más poderosos, los edificios más sagrados y las cosas más estables del mundo, no duran para siempre; tarde o temprano caerán.

Ante estas afirmaciones, la gente inmediatamente plantea dos preguntas al Maestro: «¿Cuándo va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo eso está para suceder?» (v. 7). Cuando y cuál... Siempre nos mueve la curiosidad: se quiere saber *cuándo* y recibir *señales*. Pero esta curiosidad a Jesús no le gusta. Por el contrario, él nos insta a no dejarnos engañar por los predicadores apocalípticos. El que sigue a Jesús no hace caso a los profetas de desgracias, a la frivolidad de los horóscopos, a las predicaciones y a las predicciones que generan temores, distraendo la atención de lo que sí importa. Entre las muchas voces que se oyen, el Señor nos invita a distinguir lo que viene de Él y lo que viene del falso espíritu. Es importante distinguir la llamada llena de sabiduría que Dios nos dirige cada día del clamor de los que utilizan el nombre de Dios para asustar, alimentar divisiones y temores.

Jesús invita con fuerza a no tener miedo ante las agitaciones de cada época, ni siquiera ante las pruebas más severas e injustas que afligen a sus discípulos. Él pide que perseveren en el bien y pongan toda su confianza en Dios, que no defrauda: «Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá» (v. 18). Dios no se olvida de sus fieles, su valiosa propiedad, que somos nosotros.

Pero hoy nos interpela sobre el sentido de nuestra existencia. Usando una imagen, se podría decir que estas lecturas se presentan como un «tá-miz» en medio de la corriente de nuestra vida: nos recuerdan que en este

mundo casi todo pasa, como el agua que corre; pero hay cosas importantes que permanecen, como si fueran una piedra preciosa en un tamiz. ¿Qué es lo que queda?, ¿qué es lo que tiene valor en la vida?, ¿qué riquezas son las que no desaparecen? Sin duda, dos: *El Señor y el prójimo*. Estas dos riquezas no desaparecen. Estos son los bienes más grandes, para amar. Todo lo demás –el cielo, la tierra, las cosas más bellas, también esta Basílica– pasa; pero no debemos excluir de la vida a *Dios y a los demás*.

Sin embargo, precisamente hoy, cuando hablamos de exclusión, vienen rápido a la mente personas concretas; no cosas inútiles, sino personas valiosas. La persona humana, colocada por Dios en la cumbre de la creación, es a menudo descartada, porque se prefieren las cosas que pasan. Y esto es inaceptable, porque el hombre es el bien más valioso a los ojos de Dios. Y es grave que nos acostumbremos a este tipo de descarte; es para preocuparse, cuando se adormece la conciencia y no se presta atención al hermano que sufre junto a nosotros o a los graves problemas del mundo, que se convierten solamente en una cantinela ya oída en los titulares de los telediarios.

Hoy, queridos hermanos y hermanas, es vuestro Jubileo, y con vuestra presencia nos ayudáis a sintonizar con Dios, para ver lo que él ve: Él no se queda en las apariencias (cf. *1 S 16,7*), sino que pone sus ojos «en el humilde y abatido» (*Is 66.2*), en tantos pobres Lázaros de hoy. Cuánto mal nos hace fingir que no nos damos cuenta de Lázaro que es excluido y rechazado (cf. *Lc 16,19-21*). Es darle la espalda a Dios. ¡Es darle la espalda a Dios! Cuando el interés se centra en las cosas que hay que producir, en lugar de las personas que hay que amar, estamos ante un síntoma de esclerosis espiritual. Así nace la trágica contradicción de nuestra época: cuanto más aumenta el progreso y las posibilidades, lo cual es bueno, tanto más aumentan las personas que no pueden acceder a ello. Es una gran injusticia que nos tiene que preocupar, mucho más que el saber cuándo y cómo será el fin del mundo. Porque no se puede estar tranquilo en casa mientras Lázaro yace postrado a la puerta; no hay paz en la casa del que está bien, cuando falta justicia en la casa de todos.

Hoy, en las catedrales y santuarios de todo el mundo, se cierran las Puertas de la Misericordia. Pidamos la gracia de no apartar los ojos de Dios que nos mira y del prójimo que nos cuestiona. Abramos nuestros ojos a Dios, purificando la mirada del corazón de las representaciones engañosas y temibles, del dios de la potencia y de los castigos, proyección del orgullo y el temor humano. Miremos con confianza al Dios de la misericordia, con la seguridad de que «*el amor no pasa nunca*» (*1 Co 13,8*). Renovemos la esperanza en la vida verdadera a la que estamos llamados, la que no pasará y nos aguarda en comunión con el Señor y con los demás, en una alegría que durará para siempre y sin fin.

Y abramos nuestros ojos al prójimo, especialmente al hermano olvidado y excluido, al Lázaro que yace delante de nuestra puerta. Hacia allí se dirige la lente de la Iglesia. Que el Señor nos libre de dirigirla hacia nosotros. Que nos aparte de los oropeles que distraen, de los intereses y los privilegios, del aferrarse al poder y a la gloria, de la seducción del espíritu del mundo. Nuestra Madre la Iglesia mira «a toda la humanidad que sufre y que llora; ésta le pertenece por derecho evangélico» (Pablo VI, *Discurso de apertura de la segunda sesión del Concilio Vaticano II*, 29 septiembre 1963). Por derecho y también por deber evangélico, porque nuestra tarea consiste en cuidar de la verdadera riqueza que son los pobres. A la luz de estas reflexiones, quisiera que hoy sea la «Jornada de los pobres». Nos lo recuerda una antigua tradición, que se refiere al santo mártir romano Lorenzo. Él, antes de sufrir un atroz martirio por amor al Señor, distribuyó los bienes de la comunidad a los pobres, a los que consideraba como *los verdaderos tesoros de la Iglesia*. Que el Señor nos conceda mirar sin miedo a lo que importa, dirigir el corazón a él y a nuestros verdaderos tesoros.

V

VIDEOMENSAJE A LA ASAMBLEA GENERAL DE LA CONFERENCIA DE OBISPOS CATÓLICOS DE ESTADOS UNIDOS

[14-17 de noviembre de 2016]

Me alegra tener esta oportunidad para poder dirigirme a ustedes. Hace apenas un año estuve con ustedes en mi visita pastoral a los Estados Unidos. Allí, quedé impresionado por la vitalidad y la diversidad de la comunidad católica. A lo largo de su historia, la Iglesia en su País ha acogido e integrado nuevos flujos de inmigrantes. Con la rica variedad de sus lenguas y tradiciones culturales, han dado forma al rostro en continua transformación de la Iglesia estadounidense.

En este contexto, quisiera referirme al próximo Quinto Encuentro Nacional de Pastoral Hispana. La celebración de este Quinto Encuentro dará inicio en sus diócesis el próximo mes de enero y concluirá con una celebración nacional en septiembre de 2018.

En continuidad con los anteriores, este Encuentro busca reconocer y valorar los dones específicos que los católicos hispanos han ofrecido y siguen ofreciendo a la Iglesia en su País. Pero es mucho más que eso. Es parte de un proceso más grande de renovación y de impulso misionero, al que están llamadas todas sus Iglesias locales.

Nuestro gran desafío es crear una cultura del encuentro, que aliente a cada persona y a cada grupo a compartir la riqueza de sus tradiciones y experiencias, a abatir muros y a construir puentes. La Iglesia en los Estados Unidos, como en otras partes del mundo, está llamada a «salir» de su comodidad y a convertirse en fermento de comunión. Comunión entre nosotros mismos, con nuestros hermanos cristianos y con todos los que buscan un futuro de esperanza.

Tenemos que ser cada vez más plenamente una comunidad de discípulos misioneros, llenos de amor al Señor Jesús y de entusiasmo por la difusión del Evangelio. La comunidad cristiana debe ser un signo y un anuncio profético del plan de Dios para toda la familia humana. Estamos llamados a ser portadores de buenas noticias para una sociedad sujeta a desconcertantes cambios sociales, culturales y espirituales, y a una creciente polarización.

Espero que la Iglesia en su País, en todos sus ámbitos, acompañe este Encuentro con su propia reflexión y discernimiento pastoral. De manera particular, les pido que consideren de qué manera sus Iglesias locales pueden responder mejor a la creciente presencia, a los dones y al potencial de la comunidad hispana. Conscientes de la aportación que la comunidad hispana ofrece a la vida de la nación, rezo para que el Encuentro contribuya a la renovación de la sociedad y al apostolado de la Iglesia en los Estados Unidos de América.

Con gratitud a todos los que participan en la preparación del Quinto Encuentro, les aseguro mis oraciones por esta importante iniciativa de su Conferencia Episcopal. A todos ustedes, así como al clero, a los religiosos y a los fieles laicos de sus Iglesias locales, los encomiendo a la intercesión de la Inmaculada Virgen María, y les imparto de corazón la Bendición Apostólica, como prenda de gracia y paz en el Señor.

VI

DISCURSO EN EL CONSISTORIO ORDINARIO PÚBLICO PARA LA CREACIÓN DE NUEVOS CARDENALES

(Basilica Vaticana, 19-11-2016)

Al texto del Evangelio que terminamos de escuchar (cf. *Lc 6,27-36*), muchos lo han llamado «el Sermón de la llanura». Después de la institución de los doce, Jesús bajó con sus discípulos a donde una muchedumbre lo esperaba para escucharlo y hacerse sanar. El llamado de los apóstoles va acompañado de este «ponerse en marcha» hacia la llanura,

hacia el encuentro de una muchedumbre que, como dice el texto del Evangelio, estaba «atormentada» (cf. v. 18). La elección, en vez de mantenerlos en lo alto del monte, en su cumbre, los lleva al corazón de la multitud, los pone en medio de sus tormentos, en el llano de sus vidas. De esta forma, el Señor les y nos revela que la verdadera cúspide se realiza en la llanura, y la llanura nos recuerda que la cúspide se encuentra en una mirada y especialmente en una llamada: «Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso» (v. 36).

Una invitación acompañada de cuatro imperativos, podríamos decir de cuatro exhortaciones que el Señor les hace para plasmar su vocación en lo concreto, en lo cotidiano de la vida. Son cuatro acciones que darán forma, darán carne y harán tangible el camino del discípulo. Podríamos decir que son cuatro etapas de la mistagogia de la misericordia: *amen, hagan el bien, bendigan y rueguen*. Creo que en estos aspectos todos podemos coincidir y hasta nos resultan razonables. Son cuatro acciones que fácilmente realizamos con nuestros amigos, con las personas más o menos cercanas, cercanas en el afecto, en la idiosincrasia, en las costumbres.

El problema surge cuando Jesús nos presenta *los destinatarios* de estas acciones, y en esto es muy claro, no anda con vueltas ni eufemismos: *Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian, bendigan a los que los maldicen, rueguen por los que los difaman* (cf. vv. 27-28).

Y estas no son acciones que surgen espontáneas con quien está delante de nosotros como un adversario, como un enemigo. Frente a ellos, nuestra actitud primera e instintiva es descalificarlos, desautorizarlos, maldecirlos; buscamos en muchos casos «demonizarlos», a fin de tener una «santa» justificación para sacárnoslos de encima. En cambio, Jesús nos dice que al enemigo, al que te odia, al que te maldice o difama: *ámalo, hazle el bien, bendícelo y ruega por él*.

Nos encontramos frente a una de las características más propias del mensaje de Jesús, allí donde esconde su fuerza y su secreto; allí radica la fuente de nuestra alegría, la potencia de nuestro andar y el anuncio de la buena nueva. El enemigo es alguien a quien debo amar. En el corazón de Dios no hay enemigos, Dios tiene hijos. Nosotros levantamos muros, construimos barreras y clasificamos a las personas. Dios tiene hijos y no precisamente para sacárselos de encima. El amor de Dios tiene sabor a fidelidad con las personas, porque es amor de entrañas, un amor maternal/paternal que no las deja abandonadas, incluso cuando se hayan equivocado. Nuestro Padre no espera a amar al mundo cuando seamos buenos, no espera a amarnos cuando seamos menos injustos o perfectos; nos ama porque eligió amarnos, nos ama porque nos ha dado el estatuto de hijos. Nos ha amado incluso cuando éramos enemigos suyos (cf. *Rm* 5,10). El amor incondicionado del Padre para con todos ha sido, y es, verdadera

exigencia de conversión para nuestro pobre corazón que tiende a juzgar, dividir, oponer y condenar. Saber que Dios sigue amando incluso a quien lo rechaza es una fuente ilimitada de confianza y estímulo para la misión. Ninguna mano sucia puede impedir que Dios ponga en esa mano la Vida que quiere regalarnos.

La nuestra es una época caracterizada por fuertes cuestionamientos e interrogantes a escala mundial. Nos toca transitar un tiempo donde resurgen epidémicamente, en nuestras sociedades, la polarización y la exclusión como única forma posible de resolver los conflictos. Vemos, por ejemplo, cómo rápidamente el que está a nuestro lado ya no sólo posee el estado de desconocido o inmigrante o refugiado, sino que se convierte en una amenaza; posee el estado de enemigo. Enemigo por venir de una tierra lejana o por tener otras costumbres. Enemigo por su color de piel, por su idioma o su condición social, enemigo por pensar diferente e inclusive por tener otra fe. Enemigo por... Y sin darnos cuenta esta lógica se instala en nuestra forma de vivir, de actuar y proceder. Entonces, todo y todos comienzan a tener sabor de enemistad. Poco a poco las diferencias se transforman en sinónimos de hostilidad, amenaza y violencia. Cuántas heridas crecen por esta epidemia de enemistad y de violencia, que se sella en la carne de muchos que no tienen voz porque su grito se ha debilitado y silenciado a causa de esta patología de la indiferencia. Cuántas situaciones de precariedad y sufrimiento se siembran por este crecimiento de enemistad entre los pueblos, entre nosotros. Sí, entre nosotros, dentro de nuestras comunidades, de nuestros presbiterios, de nuestros encuentros. El virus de la polarización y la enemistad se nos cuele en nuestras formas de pensar, de sentir y de actuar. No somos inmunes a esto y tenemos que velar para que esta actitud no cope nuestro corazón, porque iría contra la riqueza y la universalidad de la Iglesia que podemos palpar en este Colegio Cardenalicio. Venimos de tierras lejanas, tenemos diferentes costumbres, color de piel, idiomas y condición social; pensamos distinto e incluso celebramos la fe con ritos diversos. Y nada de esto nos hace enemigos, al contrario, es una de nuestras mayores riquezas.

Queridos hermanos, Jesús no deja de «bajar del monte», no deja de querer insertarnos en la encrucijada de nuestra historia para anunciar el Evangelio de la Misericordia. Jesús nos sigue llamando y enviando al «llano» de nuestros pueblos, nos sigue invitando a gastar nuestras vidas levantando la esperanza de nuestra gente, siendo signos de reconciliación. Como Iglesia, seguimos siendo invitados a abrir nuestros ojos para mirar las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de su dignidad, privados en su dignidad.

Querido hermano neo Cardenal, el camino al cielo comienza en el llano, en la cotidianidad de la vida partida y compartida, de una vida gastada y entregada. En la entrega silenciosa y cotidiana de lo que somos. Nues-

tra cumbre es esta calidad del amor; nuestra meta y deseo es buscar en la llanura de la vida, junto al Pueblo de Dios, transformarnos en personas capaces de perdón y reconciliación.

Querido hermano, hoy se te pide cuidar en tu corazón y en el de la Iglesia esta invitación a ser misericordioso como el Padre, sabiendo que «si hay algo que debe inquietarnos santamente y preocupar nuestras conciencias es que tantos hermanos vivan sin la fuerza, sin la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido que dé vida» (Exhort. ap. *Evangelii Gaudium*, 49).

VII

SANTA MISA DE CLAUSURA DEL JUBILEO DE LA MISERICORDIA

(Plaza de San Pedro, 20-11-2016)

La solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo corona el año litúrgico y este Año santo de la misericordia. El Evangelio presenta la realeza de Jesús al culmen de su obra de salvación, y lo hace de una manera sorprendente. «El Mesías de Dios, el Elegido, el Rey» (*Lc 23,35.37*) se presenta sin poder y sin gloria: está en la cruz, donde parece más un vencido que un vencedor. Su realeza es paradójica: su trono es la cruz; su corona es de espinas; no tiene cetro, pero le ponen una caña en la mano; no viste suntuosamente, pero es privado de la túnica; no tiene anillos deslumbrantes en los dedos, sino sus manos están traspasadas por los clavos; no posee un tesoro, pero es vendido por treinta monedas.

Verdaderamente el reino de Jesús no es de este mundo (cf. *Jn 18,36*); pero justamente es aquí —nos dice el Apóstol Pablo en la segunda lectura—, donde encontramos la redención y el perdón (cf. *Col 1,13-14*). Porque la grandeza de su reino no es el poder según el mundo, sino el amor de Dios, un amor capaz de alcanzar y restaurar todas las cosas. Por este amor, Cristo se abajó hasta nosotros, vivió nuestra miseria humana, probó nuestra condición más ínfima: la injusticia, la traición, el abandono; experimentó la muerte, el sepulcro, los infiernos. De esta forma nuestro Rey fue incluso hasta los confines del Universo para abrazar y salvar a todo viviente. No nos ha condenado, ni siquiera conquistado, nunca ha violado nuestra libertad, sino que se ha abierto paso por medio del amor humilde que todo excusa, todo espera, todo soporta (cf. *1 Co 13,7*). Sólo este amor ha vencido y sigue venciendo a nuestros grandes adversarios: el pecado, la muerte y el miedo.

Hoy queridos hermanos y hermanas, proclamamos está singular victoria, con la que Jesús se ha hecho el Rey de los siglos, el Señor de la historia: con la sola omnipotencia del amor, que es la naturaleza de Dios, su misma vida, y que no pasará nunca (cf. *1 Co* 13,8). Compartimos con alegría la belleza de tener a Jesús como nuestro rey; su señorío de amor transforma el pecado en gracia, la muerte en resurrección, el miedo en confianza.

Pero sería poco creer que Jesús es Rey del universo y centro de la historia, sin que se convierta en el Señor de nuestra vida: todo es vano si no lo acogemos personalmente y si no lo acogemos incluso en su modo de reinar. En esto nos ayudan los personajes que el Evangelio de hoy presenta. Además de Jesús, aparecen tres figuras: el pueblo que mira, el grupo que se encuentra cerca de la cruz y un malhechor crucificado junto a Jesús.

En primer lugar, el pueblo: el Evangelio dice que «estaba mirando» (*Lc* 23,35): ninguno dice una palabra, ninguno se acerca. El pueblo esta lejos, observando qué sucede. Es el mismo pueblo que por sus propias necesidades se agolpaba entorno a Jesús, y ahora mantiene su distancia. Frente a las circunstancias de la vida o ante nuestras expectativas no cumplidas, también podemos tener la tentación de tomar distancia de la realeza de Jesús, de no aceptar totalmente el escándalo de su amor humilde, que inquieta nuestro «yo», que incomoda. Se prefiere permanecer en la ventana, estar a distancia, más bien que acercarse y hacerse próximo. Pero el pueblo santo, que tiene a Jesús como Rey, está llamado a seguir su camino de amor concreto; a preguntarse cada uno todos los días: «¿Qué me pide el amor? ¿A dónde me conduce? ¿Qué respuesta doy a Jesús con mi vida?».

Hay un segundo grupo, que incluye diversos personajes: los jefes del pueblo, los soldados y un malhechor. Todos ellos se burlaban de Jesús. Le dirigen la misma provocación: «Sálvate a ti mismo» (cf. *Lc* 23,35.37.39). Es una tentación peor que la del pueblo. Aquí tientan a Jesús, como lo hizo el diablo al comienzo del Evangelio (cf. *Lc* 4,1-13), para que renuncie a reinar a la manera de Dios, pero que lo haga según la lógica del mundo: baje de la cruz y derrote a los enemigos. Si es Dios, que demuestre poder y superioridad. Esta tentación es un ataque directo al amor: «Sálvate a ti mismo» (vv. 37. 39); no a los otros, sino a ti mismo. Prevalga el yo con su fuerza, con su gloria, con su éxito. Es la tentación más terrible, la primera y la última del Evangelio. Pero ante este ataque al propio modo de ser, Jesús no habla, no reacciona. No se defiende, no trata de vencer, no hace una apología de su realeza. Más bien sigue amando, perdona, vive el momento de la prueba según la voluntad del Padre, consciente de que el amor dará su fruto.

Para acoger la realeza de Jesús, estamos llamados a luchar contra esta tentación, a fijar la mirada en el Crucificado, para ser cada vez más fieles. Cuántas veces en cambio, incluso entre nosotros, se buscan las segurida-

des gratificantes que ofrece el mundo. Cuántas veces hemos sido tentados a bajar de la cruz. La fuerza de atracción del poder y del éxito se presenta como un camino fácil y rápido para difundir el Evangelio, olvidando rápidamente el reino de Dios como obra. Este Año de la misericordia nos ha invitado a redescubrir el centro, a volver a lo esencial. Este tiempo de misericordia nos llama a mirar al verdadero rostro de nuestro Rey, el que resplandece en la Pascua, y a redescubrir el rostro joven y hermoso de la Iglesia, que resplandece cuando es acogedora, libre, fiel, pobre en los medios y rica en el amor, misionera. La misericordia, al llevarnos al corazón del Evangelio, nos exhorta también a que renunciemos a los hábitos y costumbres que pueden obstaculizar el servicio al reino de Dios; a que nos dirijamos sólo a la perenne y humilde realeza de Jesús, no adecuándonos a las realezas precarias y poderes cambiantes de cada época.

En el Evangelio aparece otro personaje, más cercano a Jesús, el malhechor que le ruega diciendo: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (v. 42). Esta persona, mirando simplemente a Jesús, creyó en su reino. Y no se encerró en sí mismo, sino que con sus errores, sus pecados y sus dificultades se dirigió a Jesús. Pidió ser recordado y experimentó la misericordia de Dios: «hoy estarás conmigo en el paraíso» (v. 43). Dios, apenas le damos la oportunidad, se acuerda de nosotros. Él está dispuesto a borrar por completo y para siempre el pecado, porque su memoria, no como la nuestra, olvida el mal realizado y no lleva cuenta de las ofensas sufridas. Dios no tiene memoria del pecado, sino de nosotros, de cada uno de nosotros, sus hijos amados. Y cree que es siempre posible volver a comenzar, levantarse de nuevo.

Pidamos también nosotros el don de esta memoria abierta y viva. Pidamos la gracia de no cerrar nunca la puerta de la reconciliación y del perdón, sino de saber ir más allá del mal y de las divergencias, abriendo cualquier posible vía de esperanza. Como Dios cree en nosotros, infinitamente más allá de nuestros méritos, también nosotros estamos llamados a infundir esperanza y a dar oportunidad a los demás. Porque, aunque se cierra la Puerta santa, permanece siempre abierta de par en par para nosotros la verdadera puerta de la misericordia, que es el Corazón de Cristo. Del costado traspasado del Resucitado brota hasta el fin de los tiempos la misericordia, la consolación y la esperanza.

Muchos peregrinos han cruzado la Puerta santa y lejos del ruido de las noticias has gustado la gran bondad del Señor. Damos gracias por esto y recordamos que hemos sido investidos de misericordia para revestirnos de sentimientos de misericordia, para ser también instrumentos de misericordia. Continuemos nuestro camino juntos. Nos acompaña la Virgen María, también ella estaba junto a la cruz, allí ella nos ha dado a luz como tierna Madre de la Iglesia que desea acoger a todos bajo su manto. Ella, junto a la cruz, vio al buen ladrón recibir el perdón y acogió al discípulo de Jesús

como hijo suyo. Es la Madre de misericordia, a la que encomendamos: todas nuestras situaciones, todas nuestras súplicas, dirigidas a sus ojos misericordiosos, que no quedarán sin respuesta.

VIII

CARTA APOSTOLICA “MISERICORDIA ET MISERA”

Misericordia et misera son las dos palabras que san Agustín usa para comentar el encuentro entre Jesús y la adúltera (cf. *Jn* 8,1-11). No podía encontrar una expresión más bella y coherente que esta para hacer comprender el misterio del amor de Dios cuando viene al encuentro del pecador: «Quedaron sólo ellos dos: la miserable y la misericordia»¹. Cuánta piedad y justicia divina hay en este episodio. Su enseñanza viene a iluminar la conclusión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia e indica, además, el camino que estamos llamados a seguir en el futuro.

1. Esta página del Evangelio puede ser asumida, con todo derecho, como imagen de lo que hemos celebrado en el Año Santo, un tiempo rico de misericordia, que pide ser siempre *celebrada y vivida* en nuestras comunidades. En efecto, la misericordia no puede ser un paréntesis en la vida de la Iglesia, sino que constituye su misma existencia, que manifiesta y hace tangible la verdad profunda del Evangelio. Todo se revela en la misericordia; todo se resuelve en el amor misericordioso del Padre.

Una mujer y Jesús se encuentran. Ella, adúltera y, según la Ley, juzgada merecedora de la lapidación; él, que con su predicación y el don total de sí mismo, que lo llevará hasta la cruz, ha devuelto la ley mosaica a su genuino propósito originario. En el centro no aparece la ley y la justicia legal, sino el amor de Dios que sabe leer el corazón de cada persona, para comprender su deseo más recóndito, y que debe tener el primado sobre todo. En este relato evangélico, sin embargo, no se encuentran el pecado y el juicio en abstracto, sino una pecadora y el Salvador. Jesús ha mirado a los ojos a aquella mujer y ha leído su corazón: allí ha reconocido el deseo de ser comprendida, perdonada y liberada. La miseria del pecado ha sido revestida por la misericordia del amor. Por parte de Jesús, ningún juicio que no esté marcado por la piedad y la compasión hacia la condición de la pecadora. A quien quería juzgarla y condenarla a muerte, Jesús responde con un silencio prolongado, que ayuda a que la voz de Dios resuene en las conciencias, tanto de la mujer como de sus acusadores. Estos dejan caer las piedras de sus manos y se van uno a uno (cf. *Jn* 8,9). Y después de ese

¹ *In Io. Ev. tract.* 33,5.

silencio, Jesús dice: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? [...] Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (vv. 10-11). De este modo la ayuda a mirar el futuro con esperanza y a estar lista para encaminar nuevamente su vida; de ahora en adelante, si lo querrá, podrá «caminar en la caridad» (cf. *Ef* 5,2). Una vez que hemos sido revestidos de misericordia, aunque permanezca la condición de debilidad por el pecado, esta debilidad es superada por el amor que permite mirar más allá y vivir de otra manera.

2. Jesús lo había enseñado con claridad en otro momento cuando, invitado a comer por un fariseo, se le había acercado una mujer conocida por todos como pecadora (cf. *Lc* 7,36-50). Ella había ungido con perfume los pies de Jesús, los había bañado con sus lágrimas y secado con sus cabellos (cf. vv. 37-38). A la reacción escandalizada del fariseo, Jesús responde: «Sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco» (v. 47).

El *perdón* es el signo más visible del amor del Padre, que Jesús ha querido revelar a lo largo de toda su vida. No existe página del Evangelio que pueda ser sustraída a este imperativo del amor que llega hasta el perdón. Incluso en el último momento de su vida terrena, mientras estaba siendo crucificado, Jesús tiene palabras de perdón: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (*Lc* 23,34).

Nada de cuanto un pecador arrepentido coloca delante de la misericordia de Dios queda sin el abrazo de su perdón. Por este motivo, ninguno de nosotros puede poner condiciones a la misericordia; ella será siempre un acto de gratuidad del Padre celeste, un amor incondicionado e inmerecido. No podemos correr el riesgo de oponernos a la plena libertad del amor con el cual Dios entra en la vida de cada persona.

La misericordia es esta acción concreta del amor que, perdonando, transforma y cambia la vida. Así se manifiesta su misterio divino. Dios es misericordioso (cf. *Ex* 34,6), su misericordia dura por siempre (cf. *Sal* 136), de generación en generación abraza a cada persona que se confía a él y la transforma, dándole su misma vida.

3. Cuánta alegría ha brotado en el corazón de estas dos mujeres, la adúltera y la pecadora. El perdón ha hecho que se sintieran al fin más libres y felices que nunca. Las lágrimas de vergüenza y de dolor se han transformado en la sonrisa de quien se sabe amado. La misericordia suscita *alegría* porque el corazón se abre a la esperanza de una vida nueva. La alegría del perdón es difícil de expresar, pero se trasparenta en nosotros cada vez que la experimentamos. En su origen está el amor con el cual Dios viene a nuestro encuentro, rompiendo el círculo del egoísmo que nos envuelve, para hacernos también a nosotros instrumentos de misericordia.

Qué significativas son, también para nosotros, las antiguas palabras que guiaban a los primeros cristianos: «Revístete de alegría, que encuentra siempre gracia delante de Dios y siempre le es agradable, y complácete en ella. Porque todo hombre alegre obra el bien, piensa el bien y desprecia la tristeza [...] Vivirán en Dios cuantos alejen de sí la tristeza y se revistan de toda alegría»². Experimentar la misericordia produce alegría. No permitamos que las aflicciones y preocupaciones nos la quiten; que permanezca bien arraigada en nuestro corazón y nos ayude a mirar siempre con serenidad la vida cotidiana.

En una cultura frecuentemente dominada por la técnica, se multiplican las formas de tristeza y soledad en las que caen las personas, entre ellas muchos jóvenes. En efecto, el futuro parece estar en manos de la incertidumbre que impide tener estabilidad. De ahí surgen a menudo sentimientos de melancolía, tristeza y aburrimiento que lentamente pueden conducir a la desesperación. Se necesitan testigos de la esperanza y de la verdadera alegría para deshacer las quimeras que prometen una felicidad fácil con paraísos artificiales. El vacío profundo de muchos puede ser colmado por la esperanza que llevamos en el corazón y por la alegría que brota de ella. Hay mucha necesidad de reconocer la alegría que se revela en el corazón que ha sido tocado por la misericordia. Hagamos nuestras, por tanto, las palabras del Apóstol: «Estad siempre alegres en el Señor» (*Flp* 4,4; cf. 1 Ts 5,16).

4. Hemos celebrado un Año intenso, en el que la gracia de la misericordia se nos ha dado en abundancia. Como un viento impetuoso y saludable, la bondad y la misericordia se han esparcido por el mundo entero. Y delante de esta mirada amorosa de Dios, que de manera tan prolongada se ha posado sobre cada uno de nosotros, no podemos permanecer indiferentes, porque ella cambia la vida.

Sentimos la necesidad, ante todo, de dar gracias al Señor y decirle: «Has sido bueno, Señor, con tu tierra [...]. Has perdonado la culpa de tu pueblo» (*Sal* 85,2-3). Así es: Dios ha destruido nuestras culpas y ha arrojado nuestros pecados a lo hondo del mar (cf. *Mi* 7,19); no los recuerda más, se los ha echado a la espalda (cf. *Is* 38,17); como dista el oriente del ocaso, así aparta de nosotros nuestros pecados (cf. *Sal* 103,12).

En este Año Santo la Iglesia ha sabido ponerse a la escucha y ha experimentado con gran intensidad la presencia y cercanía del Padre, que mediante la obra del Espíritu Santo le ha hecho más evidente el don y el mandato de Jesús sobre el perdón. Ha sido realmente una nueva visita del Señor en medio de nosotros. Hemos percibido cómo su soplo vital se difundía por la Iglesia y, una vez más, sus palabras han indicado la mi-

² Pastor de Hermas, 42, 1-4.

sión: «Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20,22-23).

5. Ahora, concluido este Jubileo, es tiempo de mirar hacia adelante y de comprender cómo seguir viviendo con fidelidad, alegría y entusiasmo, la riqueza de la misericordia divina. Nuestras comunidades continuarán con vitalidad y dinamismo la obra de la nueva evangelización en la medida en que la «conversión pastoral», que estamos llamados a vivir³, se plasme cada día, gracias a la fuerza renovadora de la misericordia. No limitemos su acción; no hagamos entristecer al Espíritu, que siempre indica nuevos senderos para recorrer y llevar a todos el Evangelio que salva.

En primer lugar estamos llamados a *celebrar* la misericordia. Cuánta riqueza contiene la oración de la Iglesia cuando invoca a Dios como Padre misericordioso. En la liturgia, la misericordia no sólo se evoca con frecuencia, sino que se recibe y se vive. Desde el inicio hasta el final de la *celebración eucarística*, la misericordia aparece varias veces en el diálogo entre la asamblea orante y el corazón del Padre, que se alegra cada vez que puede derramar su amor misericordioso. Después de la súplica de perdón inicial, con la invocación «Señor, ten piedad», somos inmediatamente confortados: «Dios omnipotente tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna». Con esta confianza la comunidad se reúne en la presencia del Señor, especialmente en el día santo de la resurrección. Muchas oraciones «colectas» se refieren al gran don de la misericordia. En el periodo de Cuaresma, por ejemplo, oramos diciendo: «Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien, qué aceptas el ayuno, la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados; mira con amor a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso de las culpas»⁴. Después nos sumergimos en la gran plegaria eucarística con el prefacio que proclama: «Porque tu amor al mundo fue tan misericordioso que no sólo nos enviaste como redentor a tu propio Hijo, sino que en todo lo quisiste semejante al hombre, menos en el pecado»⁵. Además, la plegaria eucarística cuarta es un himno a la misericordia de Dios: «Compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca». «Ten misericordia de todos nosotros»⁶, es la súplica apremiante que realiza el sacerdote, para implorar la participación en la vida eterna. Después del Padrenuestro, el sacerdote prolonga la plegaria invocando la paz y la liberación del pecado gracias a la «ayuda de su misericordia». Y antes del signo de la paz, que se da como expresión

³ Cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 noviembre 2013, 27: AAS 105 (2013), 1031.

⁴ *Misal Romano*, III Domingo de Cuaresma.

⁵ *Ibid.*, Prefacio VII dominical del Tiempo Ordinario.

⁶ *Ibid.*, Plegaria eucarística II.

de fraternidad y de amor recíproco a la luz del perdón recibido, él ora de nuevo diciendo: «No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia»⁷. Mediante estas palabras, pedimos con humilde confianza el don de la unidad y de la paz para la santa Madre Iglesia. La celebración de la misericordia divina culmina en el Sacrificio eucarístico, memorial del misterio pascual de Cristo, del que brota la salvación para cada ser humano, para la historia y para el mundo entero. En resumen, cada momento de la celebración eucarística está referido a la misericordia de Dios.

En toda la vida sacramental la misericordia se nos da en abundancia. Es muy relevante el hecho de que la Iglesia haya querido mencionar explícitamente la misericordia en la fórmula de los dos sacramentos llamados «de sanación», es decir, la *Reconciliación* y la *Unción de los enfermos*. La fórmula de la absolución dice: «Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz»⁸; y la de la Unción reza así: «Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo»⁹. Así, en la oración de la Iglesia la referencia a la misericordia, lejos de ser solamente parenética, es altamente *performativa*, es decir que, mientras la invocamos con fe, nos viene concedida; mientras la confesamos viva y real, nos transforma verdaderamente. Este es un aspecto fundamental de nuestra fe, que debemos conservar en toda su originalidad: antes que el pecado, tenemos la revelación del amor con el que Dios ha creado el mundo y los seres humanos. El amor es el primer acto con el que Dios se da a conocer y viene a nuestro encuentro. Por tanto, abramos el corazón a la confianza de ser amados por Dios. Su amor nos precede siempre, nos acompaña y permanece junto a nosotros a pesar de nuestro pecado.

6. En este contexto, la *escucha de la Palabra de Dios* asume también un significado particular. Cada domingo, la Palabra de Dios es proclamada en la comunidad cristiana para que el día del Señor se ilumine con la luz que proviene del misterio pascual¹⁰. En la celebración eucarística asistimos a un verdadero diálogo entre Dios y su pueblo. En la proclamación de las lecturas bíblicas, se recorre la historia de nuestra salvación como una incesante obra de misericordia que se nos anuncia. Dios sigue hablando hoy con nosotros como sus amigos, se «entretiene» con nosotros¹¹, para ofrecernos su compañía y mostrarnos el sendero de la vida. Su Palabra

⁷ *Ibíd.*, Rito de la comunión.

⁸ *Ritual de la Penitencia*, n. 102.

⁹ *Ritual de la Unción y de la pastoral de enfermos*, n. 143.

¹⁰ Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 106.

¹¹ Cf. Id. Const. dogm. *Dei Verbum*, 2.

se hace intérprete de nuestras peticiones y preocupaciones, y es también respuesta fecunda para que podamos experimentar concretamente su cercanía. Qué importante es la *homilía*, en la que «la verdad va de la mano de la belleza y del bien»¹², para que el corazón de los creyentes vibre ante la grandeza de la misericordia. Recomiendo mucho la preparación de la homilía y el cuidado de la predicación. Ella será tanto más fructuosa, cuanto más haya experimentado el sacerdote en sí mismo la bondad misericordiosa del Señor. Comunicar la certeza de que Dios nos ama no es un ejercicio retórico, sino condición de credibilidad del propio sacerdocio. Vivir la misericordia es el camino seguro para que ella llegue a ser verdadero anuncio de consolación y de conversión en la vida pastoral. La homilía, como también la catequesis, ha de estar siempre sostenida por este corazón palpitante de la vida cristiana.

7. La *Biblia* es la gran historia que narra las maravillas de la misericordia de Dios. Cada una de sus páginas está impregnada del amor del Padre que desde la creación ha querido imprimir en el universo los signos de su amor. El Espíritu Santo, a través de las palabras de los profetas y de los escritos sapienciales, ha modelado la historia de Israel con el reconocimiento de la ternura y de la cercanía de Dios, a pesar de la infidelidad del pueblo. La vida de Jesús y su predicación marcan de manera decisiva la historia de la comunidad cristiana, que entiende la propia misión como respuesta al mandato de Cristo de ser instrumento permanente de su misericordia y de su perdón (cf. *Jn* 20,23). Por medio de la Sagrada Escritura, que se mantiene viva gracias a la fe de la Iglesia, el Señor continúa hablando a su Esposa y le indica los caminos a seguir, para que el Evangelio de la salvación llegue a todos. Deseo vivamente que la Palabra de Dios se celebre, se conozca y se difunda cada vez más, para que nos ayude a comprender mejor el misterio del amor que brota de esta fuente de misericordia. Lo recuerda claramente el Apóstol: «Toda Escritura es inspirada por Dios y además útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia» (2 *Tm* 3,16).

Sería oportuno que cada comunidad, en un domingo del Año litúrgico, renovase su compromiso en favor de la difusión, conocimiento y profundización de la Sagrada Escritura: un domingo dedicado enteramente a la Palabra de Dios para comprender la inagotable riqueza que proviene de ese diálogo constante de Dios con su pueblo. Habría que enriquecer ese momento con iniciativas creativas, que animen a los creyentes a ser instrumentos vivos de la transmisión de la Palabra. Ciertamente, entre esas iniciativas tendrá que estar la difusión más amplia de la *lectio divina*, para que, a través de la lectura orante del texto sagrado, la vida espiritual se fortalezca y crezca. La *lectio divina* sobre los temas de la misericordia

¹² Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 24 noviembre 2013, 142: AAS 105 (2013), 1079.

permitirá comprobar cuánta riqueza hay en el texto sagrado, que leído a la luz de la entera tradición espiritual de la Iglesia, desembocará necesariamente en gestos y obras concretas de caridad¹³.

8. La celebración de la misericordia tiene lugar de modo especial en el *Sacramento de la Reconciliación*. Es el momento en el que sentimos el abrazo del Padre que sale a nuestro encuentro para restituirnos de nuevo la gracia de ser sus hijos. Somos pecadores y cargamos con el peso de la contradicción entre lo que queremos hacer y lo que, en cambio, hacemos (cf. *Rm* 7,14-21); la gracia, sin embargo, nos precede siempre y adopta el rostro de la misericordia que se realiza eficazmente con la reconciliación y el perdón. Dios hace que comprendamos su inmenso amor justamente ante nuestra condición de pecadores. La gracia es más fuerte y supera cualquier posible resistencia, porque el amor todo lo puede (cf. *1 Co* 13,7).

En el Sacramento del Perdón, Dios muestra la vía de la conversión hacia él, y nos invita a experimentar de nuevo su cercanía. Es un perdón que se obtiene, ante todo, empezando por *vivir la caridad*. Lo recuerda también el apóstol Pedro cuando escribe que «el amor cubre la multitud de los pecados» (*1 Pe* 4,8). Sólo Dios perdona los pecados, pero quiere que también nosotros estemos dispuestos a perdonar a los demás, como él perdona nuestras faltas: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (*Mt* 6,12). Qué tristeza cada vez que nos quedamos encerrados en nosotros mismos, incapaces de perdonar. Triunfa el rencor, la rabia, la venganza; la vida se vuelve infeliz y se anula el alegre compromiso por la misericordia.

9. Una experiencia de gracia que la Iglesia ha vivido con mucho fruto a lo largo del Año jubilar ha sido ciertamente el servicio de los *Misioneros de la Misericordia*. Su acción pastoral ha querido evidenciar que Dios no pone ningún límite a cuantos lo buscan con corazón contrito, porque sale al encuentro de todos, como un Padre. He recibido muchos testimonios de alegría por el renovado encuentro con el Señor en el Sacramento de la Confesión. No perdamos la oportunidad de vivir también la fe como una experiencia de reconciliación. «Reconciliaos con Dios» (*2 Co* 5,20), esta es la invitación que el Apóstol dirige también hoy a cada creyente, para que descubra la potencia del amor que transforma en una «criatura nueva» (*2 Co* 5,17).

Doy las gracias a cada Misionero de la Misericordia por este inestimable servicio de hacer fructificar la gracia del perdón. Este ministerio extraordinario, sin embargo, no cesará con la clausura de la Puerta Santa. Deseo que se prolongue todavía, hasta nueva disposición, como signo

¹³ Cf. Benedicto XVI, Exhort. ap. postsin. *Verbum Domini*, 30 septiembre 2010, 86-87: AAS 102 (2010), 757-760.

concreto de que la gracia del Jubileo siga siendo viva y eficaz, a lo largo y ancho del mundo. Será tarea del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización acompañar durante este periodo a los Misioneros de la Misericordia, como expresión directa de mi solicitud y cercanía, y encontrar las formas más coherentes para el ejercicio de este precioso ministerio.

10. A los sacerdotes renuevo la invitación a prepararse con mucho esmero para el ministerio de la Confesión, que es una verdadera misión sacerdotal. Os agradezco de corazón vuestro servicio y os pido que seáis *acogedores* con todos; *testigos* de la ternura paterna, a pesar de la gravedad del pecado; *solícitos* en ayudar a reflexionar sobre el mal cometido; *claros* a la hora de presentar los principios morales; *disponibles* para acompañar a los fieles en el camino penitencial, siguiendo el paso de cada uno con paciencia; *prudentes* en el discernimiento de cada caso concreto; *generosos* en el momento de dispensar el perdón de Dios. Así como Jesús ante la mujer adúltera optó por permanecer en silencio para salvarla de su condena a muerte, del mismo modo el sacerdote en el confesionario tenga también un corazón magnánimo, recordando que cada penitente lo remite a su propia condición personal: pecador, pero ministro de la misericordia.

11. Me gustaría que todos meditáramos las palabras del Apóstol, escritas hacia el final de su vida, en las que confiesa a Timoteo de haber sido el primero de los pecadores, «por esto precisamente se compadeció de mí» (1 Tm 1,16). Sus palabras tienen una fuerza arrebatadora para hacer que también nosotros reflexionemos sobre nuestra existencia y para que veamos cómo la misericordia de Dios actúa para cambiar, convertir y transformar nuestro corazón: «Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fio de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí» (1 Tm 1, 12-13).

Por tanto, recordemos siempre con renovada pasión pastoral las palabras del Apóstol: «Dios nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación» (2 Co 5,18). Con vistas a este ministerio, nosotros hemos sido los primeros en ser perdonados; hemos sido testigos en primera persona de la universalidad del perdón. No existe ley ni precepto que pueda impedir a Dios volver a abrazar al hijo que regresa a él reconociendo que se ha equivocado, pero decidido a recomenzar desde el principio. Quedarse solamente en la ley equivale a banalizar la fe y la misericordia divina. Hay un valor propedéutico en la ley (cf. Ga 3,24), cuyo fin es la caridad (cf. 1 Tm 1,5). El cristiano está llamado a vivir la novedad del Evangelio, «la ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús» (Rm 8,2). Incluso en los casos más complejos, en los que se siente la tentación de hacer prevalecer una justicia que deriva sólo de las normas, se debe creer en la fuerza que brota de la gracia divina.

Nosotros, confesores, somos testigos de tantas conversiones que suceden delante de nuestros ojos. Sentimos la responsabilidad de gestos y palabras que toquen lo más profundo del corazón del penitente, para que descubra la cercanía y ternura del Padre que perdona. No arruinemos esas ocasiones con comportamientos que contradigan la experiencia de la misericordia que se busca. Ayudemos, más bien, a iluminar el ámbito de la conciencia personal con el amor infinito de Dios (cf. 1 Jn 3,20).

El Sacramento de la Reconciliación necesita volver a encontrar su puesto central en la vida cristiana; por esto se requieren sacerdotes que pongan su vida al servicio del «ministerio de la reconciliación» (2 Co 5,18), para que a nadie que se haya arrepentido sinceramente se le impida acceder al amor del Padre, que espera su retorno, y a todos se les ofrezca la posibilidad de experimentar la fuerza liberadora del perdón.

Una ocasión propicia puede ser la celebración de la iniciativa 24 horas para el Señor en la proximidad del IV Domingo de Cuaresma, que ha encontrado un buen consenso en las diócesis y sigue siendo como una fuerte llamada pastoral para vivir intensamente el Sacramento de la Confesión.

12. En virtud de esta exigencia, para que ningún obstáculo se interponga entre la petición de reconciliación y el perdón de Dios, de ahora en adelante concedo a todos los sacerdotes, en razón de su ministerio, la facultad de absolver a quienes hayan procurado el pecado de aborto. Cuanto había concedido de modo limitado para el período jubilar¹⁴, lo extiendo ahora en el tiempo, no obstante cualquier cosa en contrario. Quiero enfatizar con todas mis fuerzas que el aborto es un pecado grave, porque pone fin a una vida humana inocente. Con la misma fuerza, sin embargo, puedo y debo afirmar que no existe ningún pecado que la misericordia de Dios no pueda alcanzar y destruir, allí donde encuentra un corazón arrepentido que pide reconciliarse con el Padre. Por tanto, que cada sacerdote sea guía, apoyo y alivio a la hora de acompañar a los penitentes en este camino de reconciliación especial.

En el Año del Jubileo había concedido a los fieles, que por diversos motivos frecuentan las iglesias donde celebran los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X, la posibilidad de recibir válida y lícitamente la absolución sacramental de sus pecados¹⁵. Por el bien pastoral de estos fieles, y confiando en la buena voluntad de sus sacerdotes, para que se pueda recuperar con la ayuda de Dios, la plena comunión con la Iglesia Católica, establezco por decisión personal que esta facultad se extienda más allá del período jubilar, hasta nueva disposición, de modo que a nadie le falte el signo sacramental de la reconciliación a través del perdón de la Iglesia.

¹⁴ Cf. *Carta con la que se concede la indulgencia con ocasión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia*, 1 septiembre 2015: *L'Osservatore Romano* ed. Española, 4 de septiembre de 2015, 3-4

¹⁵ Cf. *ibíd.*

13. La misericordia tiene también el rostro de la *consolación*. «Consolad, consolad a mi pueblo» (Is 40,1), son las sentidas palabras que el profeta pronuncia también hoy, para que llegue una palabra de esperanza a cuantos sufren y padecen. No nos dejemos robar nunca la esperanza que proviene de la fe en el Señor resucitado. Es cierto, a menudo pasamos por duras pruebas, pero jamás debe decaer la certeza de que el Señor nos ama. Su misericordia se expresa también en la cercanía, en el afecto y en el apoyo que muchos hermanos y hermanas nos ofrecen cuando sobrevienen los días de tristeza y aflicción. Enjugar las lágrimas es una acción concreta que rompe el círculo de la soledad en el que con frecuencia terminamos encerrados.

Todos tenemos necesidad de consuelo, porque ninguno es inmune al sufrimiento, al dolor y a la incomprensión. Cuánto dolor puede causar una palabra rencorosa, fruto de la envidia, de los celos y de la rabia. Cuánto sufrimiento provoca la experiencia de la traición, de la violencia y del abandono; cuánta amargura ante la muerte de los seres queridos. Sin embargo, Dios nunca permanece distante cuando se viven estos dramas. Una palabra que da ánimo, un abrazo que te hace sentir comprendido, una caricia que hace percibir el amor, una oración que permite ser más fuerte..., son todas expresiones de la cercanía de Dios a través del consuelo ofrecido por los hermanos.

A veces también el *silencio* es de gran ayuda; porque en algunos momentos no existen palabras para responder a los interrogantes del que sufre. La falta de palabras, sin embargo, se puede suplir por la compasión del que está presente y cercano, del que ama y tiende la mano. No es cierto que el silencio sea un acto de rendición, al contrario, es un momento de fuerza y de amor. El silencio también pertenece al lenguaje de la *consolación*, porque se transforma en una obra concreta de solidaridad y unión con el sufrimiento del hermano.

14. En un momento particular como el nuestro, caracterizado por la crisis de la familia, entre otras, es importante que llegue una palabra de gran consuelo a nuestras familias. El don del matrimonio es una gran vocación a la que, con la gracia de Cristo, hay que corresponder con el amor generoso, fiel y paciente. La belleza de la familia permanece inmutable, a pesar de numerosas sombras y propuestas alternativas: «El gozo del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia»¹⁶. El sendero de la vida lleva a que un hombre y una mujer se encuentren, se amen y se prometan fidelidad por siempre delante de Dios, a menudo se interrumpe por el sufrimiento, la traición y la soledad. La alegría de los padres por el don de los hijos no es inmune a las preocupaciones con respecto a su

¹⁶ Exhort. ap. postsin. *Amoris laetitia*, 19 marzo 2016, 1.

crecimiento y formación, y para que tengan un futuro digno de ser vivido con intensidad.

La gracia del Sacramento del Matrimonio no sólo fortalece a la familia para que sea un lugar privilegiado en el que se viva la misericordia, sino que compromete a la comunidad cristiana, y con ella a toda la acción pastoral, para que se resalte el gran valor propositivo de la familia. De todas formas, este Año jubilar nos ha de ayudar a reconocer la complejidad de la realidad familiar actual. La experiencia de la misericordia nos hace capaces de mirar todas las dificultades humanas con la actitud del amor de Dios, que no se cansa de acoger y acompañar¹⁷.

No podemos olvidar que cada uno lleva consigo el peso de la propia historia que lo distingue de cualquier otra persona. Nuestra vida, con sus alegrías y dolores, es algo único e irrepetible, que se desenvuelve bajo la mirada misericordiosa de Dios. Esto exige, sobre todo de parte del sacerdote, un discernimiento espiritual atento, profundo y prudente para que cada uno, sin excluir a nadie, sin importar la situación que viva, pueda sentirse acogido concretamente por Dios, participar activamente en la vida de la comunidad y ser admitido en ese Pueblo de Dios que, sin descanso, camina hacia la plenitud del reino de Dios, reino de justicia, de amor, de perdón y de misericordia.

15. *El momento de la muerte* reviste una importancia particular. La Iglesia siempre ha vivido este dramático tránsito a la luz de la resurrección de Jesucristo, que ha abierto el camino de la certeza en la vida futura. Tenemos un gran reto que afrontar, sobre todo en la cultura contemporánea que, a menudo, tiende a banalizar la muerte hasta el punto de esconderla o considerarla una simple ficción. La muerte en cambio se ha de afrontar y preparar como un paso doloroso e ineludible, pero lleno de sentido: como el acto de amor extremo hacia las personas que dejamos y hacia Dios, a cuyo encuentro nos dirigimos. En todas las religiones el momento de la muerte, así como el del nacimiento, está acompañado de una presencia religiosa. Nosotros vivimos la experiencia de las exequias como una pleraria llena de esperanza por el alma del difunto y como una ocasión para ofrecer consuelo a cuantos sufren por la ausencia de la persona amada.

Estoy convencido de la necesidad de que, en la acción pastoral animada por la fe viva, los signos litúrgicos y nuestras oraciones sean expresión de la misericordia del Señor. Es él mismo quien nos da palabras de esperanza, porque nada ni nadie podrán jamás separarnos de su amor (cf. Rm 8,35). La participación del sacerdote en este momento significa un acompañamiento importante, porque ayuda a sentir la cercanía de la comunidad cristiana en los momentos de debilidad, soledad, incertidumbre y llanto.

¹⁷ Cf. *ibíd.*, 291-300.

16. Termina el Jubileo y se cierra la Puerta Santa. Pero la puerta de la misericordia de nuestro corazón permanece siempre abierta, de par en par. Hemos aprendido que Dios se inclina hacia nosotros (cf. *Os* 11,4) para que también nosotros podamos imitarlo inclinándonos hacia los hermanos. La nostalgia que muchos sienten de volver a la casa del Padre, que está esperando su regreso, está provocada también por el testimonio sincero y generoso que algunos dan de la ternura divina. La Puerta Santa que hemos atravesado en este Año jubilar nos ha situado en la *vía de la caridad*, que estamos llamados a recorrer cada día con fidelidad y alegría. El camino de la misericordia es el que nos hace encontrar a tantos hermanos y hermanas que tienden la mano esperando que alguien la aferre y poder así caminar juntos.

Querer acercarse a Jesús implica hacerse prójimo de los hermanos, porque nada es más agradable al Padre que un signo concreto de misericordia. Por su misma naturaleza, la misericordia se hace visible y tangible en una acción concreta y dinámica. Una vez que se la ha experimentado en su verdad, no se puede volver atrás: crece continuamente y transforma la vida. Es verdaderamente una nueva creación que obra un corazón nuevo, capaz de amar en plenitud, y purifica los ojos para que sepan ver las necesidades más ocultas. Qué verdaderas son las palabras con las que la Iglesia ora en la Vigilia Pascual, después de la lectura que narra la creación: «Oh Dios, que con acción maravillosa creaste al hombre y con mayor maravilla lo redimiste»¹⁸

La misericordia *renueva* y *redime*, porque es el encuentro de dos corazones: el de Dios, que sale al encuentro, y el del hombre. Mientras este se va encendiendo, aquel lo va sanando: el corazón de piedra es transformado en corazón de carne (cf. *Ez* 36,26), capaz de amar a pesar de su pecado. Es aquí donde se descubre que es realmente una «nueva creatura» (cf. *Ga* 6,15): soy amado, luego existo; he sido perdonado, entonces renazco a una vida nueva; he sido «misericordiado», entonces me convierto en instrumento de misericordia.

17. Durante el Año Santo, especialmente en los «*viernes de la misericordia*», he podido darme cuenta de cuánto bien hay en el mundo. Con frecuencia no es conocido porque se realiza cotidianamente de manera discreta y silenciosa. Aunque no llega a ser noticia, existen sin embargo tantos signos concretos de bondad y ternura dirigidos a los más pequeños e indefensos, a los que están más solos y abandonados. Existen personas que encarnan realmente la caridad y que llevan continuamente la solidaridad a los más pobres e infelices. Agradecemos al Señor el don valioso de estas personas que, ante la debilidad de la humanidad herida, son como

¹⁸ *Misal Romano*, Vigilia Pascual, Oración después de la Primera Lectura.

una invitación para descubrir la alegría de hacerse prójimo. Con gratitud pienso en los numerosos voluntarios que con su entrega de cada día dedican su tiempo a mostrar la presencia y cercanía de Dios. Su servicio es una genuina obra de misericordia y hace que muchas personas se acerquen a la Iglesia.

18. Es el momento de dejar paso a la fantasía de la misericordia para dar vida a tantas iniciativas nuevas, fruto de la gracia. La Iglesia necesita anunciar hoy esos «muchos otros signos» que Jesús realizó y que «no están escritos» (*Jn 20,30*), de modo que sean expresión elocuente de la fecundidad del amor de Cristo y de la comunidad que vive de él. Han pasado más de dos mil años y, sin embargo, las obras de misericordia siguen haciendo visible la bondad de Dios.

Todavía hay poblaciones enteras que sufren hoy el hambre y la sed, y despiertan una gran preocupación las imágenes de niños que no tienen nada para comer. Grandes masas de personas siguen emigrando de un país a otro en busca de alimento, trabajo, casa y paz. La enfermedad, en sus múltiples formas, es una causa permanente de sufrimiento que reclama socorro, ayuda y consuelo. Las cárceles son lugares en los que, con frecuencia, las condiciones de vida inhumana causan sufrimientos, en ocasiones graves, que se añaden a las penas restrictivas. El analfabetismo está todavía muy extendido, impidiendo que niños y niñas se formen, exponiéndolos a nuevas formas de esclavitud. La cultura del individualismo exasperado, sobre todo en Occidente, hace que se pierda el sentido de la solidaridad y la responsabilidad hacia los demás. Dios mismo sigue siendo hoy un desconocido para muchos; esto representa la más grande de las pobreza y el mayor obstáculo para el reconocimiento de la dignidad inviolable de la vida humana.

Con todo, las obras de misericordia corporales y espirituales constituyen hasta nuestros días una prueba de la incidencia importante y positiva de la misericordia como valor social. Ella nos impulsa a ponernos manos a la obra para restituir la dignidad a millones de personas que son nuestros hermanos y hermanas, llamados a construir con nosotros una «ciudad fiable».¹⁹

19. En este Año Santo se han realizado muchos signos concretos de misericordia. Comunidades, familias y personas creyentes han vuelto a descubrir la alegría de compartir y la belleza de la solidaridad. Y aun así, no basta. El mundo sigue generando nuevas formas de pobreza espiritual y material que atentan contra la dignidad de las personas. Por este motivo, la Iglesia debe estar siempre atenta y dispuesta a descubrir nuevas obras de misericordia y realizarlas con generosidad y entusiasmo.

¹⁹ Carta. enc. *Lumen fidei*, 29 junio 2013, 50: AAS 105 (2013), 589.

Esforcémonos entonces en concretar la caridad y, al mismo tiempo, en iluminar con inteligencia la práctica de las obras de misericordia. Esta posee un dinamismo inclusivo mediante el cual se extiende en todas las direcciones, sin límites. En este sentido, estamos llamados a darle un rostro nuevo a las obras de misericordia que conocemos de siempre. En efecto, la misericordia se excede; siempre va más allá, es fecunda. Es como la levadura que hace fermentar la masa (cf. *Mt* 13,33) y como un granito de mostaza que se convierte en un árbol (cf. *Lc* 13,19).

Pensemos solamente, a modo de ejemplo, en la obra de misericordia corporal de vestir al desnudo (cf. *Mt* 25,36.38.43.44). Ella nos transporta a los orígenes, al jardín del Edén, cuando Adán y Eva se dieron cuenta de que estaban desnudos y, sintiendo que el Señor se acercaba, les dio vergüenza y se escondieron (cf. *Gn* 3,7-8). Sabemos que el Señor los castigó; sin embargo, él «hizo túnicas de piel para Adán y su mujer, y los vistió» (*Gn* 3,21). La vergüenza quedó superada y la dignidad fue restablecida.

Miremos fijamente también a Jesús en el Gólgota. El Hijo de Dios está desnudo en la cruz; su túnica ha sido echada a suerte por los soldados y está en sus manos (cf. *Jn* 19,23-24); él ya no tiene nada. En la cruz se revela de manera extrema la solidaridad de Jesús con todos los que han perdido la dignidad porque no cuentan con lo necesario. Si la Iglesia está llamada a ser la «túnica de Cristo»²⁰ para revestir a su Señor, del mismo modo ha de empeñarse en ser solidaria con aquellos que han sido despojados, para que recobren la dignidad que les han sido despojada. «Estuve desnudo y me vestisteis» (*Mt* 25,36) implica, por tanto, no mirar para otro lado ante las nuevas formas de pobreza y marginación que impiden a las personas vivir dignamente.

No tener trabajo y no recibir un salario justo; no tener una casa o una tierra donde habitar; ser discriminados por la fe, la raza, la condición social... estas, y muchas otras, son situaciones que atentan contra la dignidad de la persona, frente a las cuales la acción misericordiosa de los cristianos responde ante todo con la vigilancia y la solidaridad. Cuántas son las situaciones en las que podemos restituir la dignidad a las personas para que tengan una vida más humana. Pensemos solamente en los niños y niñas que sufren violencias de todo tipo, violencias que les roban la alegría de la vida. Sus rostros tristes y desorientados están impresos en mi mente; piden que les ayudemos a liberarse de las esclavitudes del mundo contemporáneo. Estos niños son los jóvenes del mañana; ¿cómo los estamos preparando para vivir con dignidad y responsabilidad? ¿Con qué esperanza pueden afrontar su presente y su futuro?

El *carácter social* de la misericordia obliga a no quedarse inmóviles y a desterrar la indiferencia y la hipocresía, de modo que los planes y pro-

²⁰ Cf. Cipriano, *La unidad de la Iglesia católica*, 7.

yectos no queden sólo en letra muerta. Que el Espíritu Santo nos ayude a estar siempre dispuestos a contribuir de manera concreta y desinteresada, para que la justicia y una vida digna no sean sólo palabras bonitas, sino que constituyan el compromiso concreto de todo el que quiere testimoniar la presencia del reino de Dios.

20. Estamos llamados a hacer que crezca una cultura de la misericordia, basada en el redescubrimiento del encuentro con los demás: una cultura en la que ninguno mire al otro con indiferencia ni aparte la mirada cuando vea el sufrimiento de los hermanos. *Las obras de misericordia son «artesanales»*: ninguna de ellas es igual a otra; nuestras manos las pueden modelar de mil modos, y aunque sea único el Dios que las inspira y única la «materia» de la que están hechas, es decir la misericordia misma, cada una adquiere una forma diversa.

Las obras de misericordia tocan todos los aspectos de la vida de una persona. Podemos llevar a cabo una verdadera revolución cultural a partir de la simplicidad de esos gestos que saben tocar el cuerpo y el espíritu, es decir la vida de las personas. Es una tarea que la comunidad cristiana puede hacer suya, consciente de que la Palabra del Señor la llama siempre a salir de la indiferencia y del individualismo, en el que se corre el riesgo de caer para llevar una existencia cómoda y sin problemas. «A los pobres los tenéis siempre con vosotros» (*Jn 12,8*), dice Jesús a sus discípulos. No hay excusas que puedan justificar una falta de compromiso cuando sabemos que él se ha identificado con cada uno de ellos.

La cultura de la misericordia se va plasmando con la oración asidua, con la dócil apertura a la acción del Espíritu Santo, la familiaridad con la vida de los santos y la cercanía concreta a los pobres. Es una invitación apremiante a tener claro dónde tenemos que comprometernos necesariamente. La tentación de quedarse en la «teoría sobre la misericordia» se supera en la medida que esta se convierte en vida cotidiana de participación y colaboración. Por otra parte, no deberíamos olvidar las palabras con las que el apóstol Pablo, narrando su encuentro con Pedro, Santiago y Juan, después de su conversión, se refiere a un aspecto esencial de su misión y de toda la vida cristiana: «Nos pidieron que nos acordáramos de los pobres, lo cual he procurado cumplir» (*Ga 2,10*). No podemos olvidarnos de los pobres: es una invitación hoy más que nunca actual, que se impone en razón de su evidencia evangélica.

21. Que la experiencia del Jubileo grabe en nosotros las palabras del apóstol Pedro: «Los que antes erais no compadecidos, ahora sois objeto de compasión» (*1 P 2,10*). No guardemos sólo para nosotros cuanto hemos recibido; sepamos compartirlo con los hermanos que sufren, para que sean sostenidos por la fuerza de la misericordia del Padre. Que nuestras comunidades se abran hasta llegar a todos los que viven en su territorio,

para que llegue a todos, a través del testimonio de los creyentes, la caricia de Dios.

Este es el tiempo de la misericordia. Cada día de nuestra vida está marcado por la presencia de Dios, que guía nuestros pasos con el poder de la gracia que el Espíritu infunde en el corazón para plasmarlo y hacerlo capaz de amar. *Es el tiempo de la misericordia* para todos y cada uno, para que nadie piense que está fuera de la cercanía de Dios y de la potencia de su ternura. *Es el tiempo de la misericordia*, para que los débiles e indefensos, los que están lejos y solos sientan la presencia de hermanos y hermanas que los sostienen en sus necesidades. Es el tiempo de la misericordia, para que los pobres sientan la mirada de respeto y atención de aquellos que, venciendo la indiferencia, han descubierto lo que es fundamental en la vida. *Es el tiempo de la misericordia*, para que cada pecador no deje de pedir perdón y de sentir la mano del Padre que acoge y abraza siempre.

A la luz del «Jubileo de las personas socialmente excluidas», mientras en todas las catedrales y santuarios del mundo se cerraban las Puertas de la Misericordia, intuí que, como otro signo concreto de este Año Santo extraordinario, se debe celebrar en toda la Iglesia, en el XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario, la *Jornada mundial de los pobres*. Será la preparación más adecuada para vivir la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el cual se ha identificado con los pequeños y los pobres, y nos juzgará a partir de las obras de misericordia (cf. *Mt 25,31-46*). Será una Jornada que ayudará a las comunidades y a cada bautizado a reflexionar cómo la pobreza está en el corazón del Evangelio y sobre el hecho que, mientras Lázaro esté echado a la puerta de nuestra casa (cf. *Lc 16,19-21*), no podrá haber justicia ni paz social. Esta Jornada constituirá también una genuina forma de nueva evangelización (cf. *Mt 11,5*), con la que se renueve el rostro de la Iglesia en su acción perenne de conversión pastoral, para ser testimonio de la misericordia.

22. Que los ojos misericordiosos de la Santa Madre de Dios estén siempre vueltos hacia nosotros. Ella es la primera en abrir camino y nos acompaña cuando damos testimonio del amor. La Madre de Misericordia acoge a todos bajo la protección de su manto, tal y como el arte la ha representado a menudo. Confíemos en su ayuda materna y sigamos su constante indicación de volver los ojos a Jesús, rostro radiante de la misericordia de Dios.

IX

DISCURSO EN UN CURSO DE FORMACIÓN PARA OBISPOS SOBRE EL NUEVO PROCESO MATRIMONIAL [17-19 DE NOVIEMBRE DE 2016]

(Tribunal Apostólico de la Rota Romana, 18-11- 2016)

Vuestra presencia en este curso de formación, promovido por el Tribunal Apostólico de la Rota Romana, subraya cuánto los obispos, aun constituidos en fuerza de la Ordenación como maestros de la fe (cfr *Lumen gentium*, 25), tengan la necesidad de aprender continuamente. Se trata de comprender las necesidades y las preguntas del hombre de hoy y buscar las respuestas en la Palabra de Dios y en la verdad de la fe, estudiadas y conocidas cada vez mejor. El ejercicio del *munus docendi* está íntimamente ligado con los de *sanctificandi* y *regendi*. A través de estas tres funciones se expresa el ministerio pastoral del obispo, fundado en la voluntad de Cristo, en la asistencia del Espíritu Santo y cuyo fin es actualizar el mensaje de Jesús. La inculturación del Evangelio se basa en este principio que aúna la fidelidad al anuncio evangélico y su comprensión y traducción en el tiempo.

El beato Pablo VI, en la *Evangelii nuntiandi*, exhortaba a evangelizar no de una manera superficial, sino entrando en lo concreto de las situaciones y de las personas. Estas son sus palabras: «lo que importa es evangelizar, no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces [...] tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios » (n. 20). Precisamente la atención a las personas es la razón de fondo, teológica y eclesiológica, en este curso de formación. La salud espiritual, la *salus animarum* de las personas que nos han confiado es el fin de toda acción pastoral.

En la primera carta de Pedro encontramos un punto de referencia fundamental para el oficio episcopal: «Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey» (5,2-3). Esta exhortación ilumina toda la misión del obispo, presentando la potestad espiritual como un servicio para la salvación de los hombres. En esta perspectiva, es necesario eliminar con firmeza los obstáculos de naturaleza mundana que dificultan a un gran número de fieles el acceso a los Tribunales eclesiásticos. Las cuestiones de tipo económico y organizativo no pueden ser un obstáculo para la verificación canónica de la validez del

matrimonio. Con el enfoque de una relación sana entre la justicia y la caridad, la ley de la Iglesia no puede prescindir del principio fundamental de la *salus animarum*. Por lo tanto, los Tribunales eclesiásticos están llamados a ser una expresión tangible de un servicio diaconal del derecho con respecto a ese objetivo primario. Este mismo está puesto oportunamente como la última palabra del Código de Derecho Canónico, porque lo sobrepasa como la ley suprema, y como valor que supera el derecho mismo, indicando así el horizonte de la misericordia.

En esta perspectiva, la Iglesia camina desde siempre, como madre que acepta y ama, con el ejemplo de Jesús Buen Samaritano. Iglesia del Verbo encarnado, se “encarna” en las historias tristes y dolorosas de la gente, se inclina hacia los pobres y los que están lejos de la comunidad eclesial o que se consideran fuera de ella a causa de su fracaso matrimonial. Sin embargo están y siguen estando incorporados a Cristo en virtud del bautismo. Por lo tanto, a nosotros nos corresponde la grave responsabilidad de ejercer el *munus*, recibido por Jesús, divino Pastor médico y juez de las almas, de no considerarles nunca extraños al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Estamos llamados a no excluirlos de nuestra preocupación pastoral, sino a dedicarnos a ellos y a su situación irregular y dolorosa con la mayor solicitud y caridad.

Queridos hermanos obispos, procedéis de distintos países y habéis traído a este encuentro las solicitudes y las preguntas que surgen en el ámbito pastoral matrimonial de las respectivas diócesis. Tales instancias requieren respuestas y medidas no siempre fáciles. Estoy seguro de que estas jornadas de estudio os ayudarán a concretar la actitud más oportuna a las diversas problemáticas.

Doy las gracias al Decano Mons. Pinto por haber promovido este Curso formativo, como también a los relatores por su competente aportación jurídica, teológica y pastoral. Regresaréis a vuestras diócesis enriquecidos con nociones y sugerencias útiles para desarrollar con más eficacia vuestro ministerio, especialmente en relación con el nuevo proceso matrimonial. Esto representa una ayuda importante para que en la grey que se os ha confiado crezca la medida de la estatura de Cristo Buen Pastor, del que debemos aprender día tras día la búsqueda del *unum necessarium: la salus animarum*. Se trata del bien supremo y se identifica con Dios mismo, como enseñaba San Gregorio Nacianceno. Confiad en la asistencia infinita del Espíritu Santo, que conduce invisible pero realmente a la Iglesia.

Recémosle para que os ayude y también ayude al sucesor de Pedro a responder, con disponibilidad y humildad, al grito de ayuda de tantos hermanos y hermanas nuestros que necesitan ver la verdad de su matrimonio y del camino de su vida.

ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Mensajes

Por dignidad, nadie sin hogar	831
Iglesia diocesana: somos una gran familia contigo ..	833
Culminamos el Año de la Misericordia, para que sea aliento de nuestra vida	834
Un año entre vosotros. Vivamos juntos la gratitud y la esperanza del Adviento	836

Entrevista

“Quiero poner mi vida a disposición de todos” ...	838
---	-----

Agenda del Sr. Arzobispo

Agenda del mes de noviembre	845
-----------------------------------	-----

Visita Pastoral

Visita Pastoral a la Unidad Pastoral de Oroncillo ..	847
Visita Pastoral a la Unidad Pastoral de Oca	851

CURIA
DIOCESANA

Vicaría General

Ayudas para la formación de los sacerdotes	853
--	-----

Secretaría General

Aprobación de Estatutos	855
Jubilación por la Seguridad Social del Clero	855

SECCION
PASTORAL
E INFORMACION

Delegación de Juventud

Cinco sentidos	856
Sábado alternativo	856
Ejercicios Espirituales	857

IX Encuentro de Pastoral

La diócesis celebra su IX Encuentro de Pastoral	858
Eucaristía de clausura del Año de la Misericordia	861

Delegación de Medios de Comunicación

Noticias diocesanas	863
---------------------------	-----

COMUNICADOS ECLESIALES

Conferencia Episcopal

Dirección en Internet: www.conferenciaepiscopal.es	883
Nombramiento Episcopal para Teruel-Albarracín ..	883
Síntesis del Discurso Inaugural de la CVII Asamblea Plenaria de la CEE	884
Saludo a los Reyes del Presidente de la CEE	886
Discurso del Rey Felipe VI a la CEE	888

Santo Padre

Dirección Internet: w2.vatican.va	891
Homilía en el Jubileo de los Presos	891
Discurso en el Jubileo de las personas excluidas socialmente	894
Homilía en el Jubileo de las personas excluidas socialmente	896
Videomensaje a los Obispos de Estados Unidos	899
Discurso a los nuevos cardenales	900
Homilía en la Clausura del Jubileo de la Misericordia	903
Carta Apostólica “Misericordia et misera”	906
Discurso a los Obispos sobre el nuevo proceso matrimonial	922